

**EL SUR:
instrucciones de uso**

12 relatos 12

SILVIA NANCLARES



1ª edición: 1000 ejemplares. Septiembre de 2011

Título: *EL SUR: instrucciones de uso*

De los textos: Silvia Nanclares

<https://entornodeposibilidades.zemos.org>

De las imágenes: Enrique Lafuente

<http://www.enriquelafuente.com/>

Del prólogo: Carolina León

<http://carolinkfingers.blogspot.com/>

Maquetación y diseño de cubierta y logo: muypronto.wordpress.com

quindiazyjoanabrabo

Primera corrección: Andrés Molina

Segunda corrección: Emma Gascó Falqué

Edición: Bucólicas/Ecobuk

<http://bucolicas.cc/>

ediciones@bucolicas.cc

Desarrollo/diseño web: Dani Matas/María Durán

ISBN: 978-84-936752-8-8

Depósito legal: B-31.953-2011

Lo primero que llama la atención es la luz. Todo está inundado de luz. De claridad. De sol. Y tan sólo ayer: un Londres otoñal bañado en lluvia. Un avión bañado en lluvia. Un viento frío y la oscuridad. Aquí, en cambio, desde la mañana todo el aeropuerto resplandece bajo el sol, todos nosotros resplandecemos bajo el sol.

RYSZARD KAPUŚCIŃSKI, Ébano

ÍNDICE

ITINERARIO DEL EMPODERAMIENTO POSIBLE **8**

Prólogo de Carolina León

ARQUETIPO DE UNA PLAGA **15**

PUENTES QUE AMANECEN MIENTRAS DORMIMOS **26**

EL DENTISTA ZURDO **32**

LA SOMBRA DE ANIKO **37**

¿POR QUÉ NO HABLAMOS TODOS DE MARION? **42**

LA VIDA AFRICANA **47**

LA VIDA LONDINENSE **51**

MEDIANA **58**

SAN JUAN **66**

PRIMAVERAS EXQUISITAS **77**

MANO DE SANTO **84**

AHORA **93**

BIENVENIDOS AL SUDOESTE **98**

Postludio. Un mapa de la reedición



ITINERARIO DEL EMPODERAMIENTO POSIBLE

Escribe, que nadie te retenga, que nada te detenga: ni hombre, ni imbécil máquina capitalista donde las editoriales son los astutos y serviles relevos de una economía que funciona contra nosotras y a nuestra costa; ni tú misma.

HÉLÈNE CIXOUS

Observo y analizo con la mirada cariñosa del crítico (similar en todo a la de una Erzsébet Báthory frente a la carne blanca de seiscientas doncellas) en busca del quid del proceso por el que algunas extraen de sí la energía suficiente para creer en ellas mismas y llevar a cabo un proyecto, de cualquier índole. Ese proceso por el cual *el sujeto se convierte en agente activo como resultado de un accionar*: a eso lo llaman «empoderamiento». He debido acercarme mucho más al fenómeno, tratando de no mostrar los colmillos. He sacado a trabajar mis instrumentos. ¿Será algo relativo al ADN de estas personas? ¿Tendrán las «empoderadas» ciclos hormonales menos salvajes? ¿Residirá la razón en el entorno y circunstancias de crecimiento (los años de formación, se sabe, hicieron de Sade o Catherine Millet lo que fueron)?

Hasta el momento nada, señores. He absorbido, olido y masticado los relatos de *EL SUR: instrucciones de uso* sin encontrar diferencia sustancial entre este texto y otro cualquiera producido por criatura humana. Una advertencia antes de seguir: es necesario fijar aquí «texto» en su sentido más amplio, como cualquier cosa producida, sea objeto o vida, cortina o gazpacho, hijos y casas limpias, cuentos y proyectos empresariales. Si se nos arrebatara esa contabilidad, nada fraudulenta, si no se tiene en cuenta la cantidad de producción no mercantil que es producida por el tiempo de las mujeres (y no sólo de ellas), se nos está arrebatando un porcentaje variable pero importante de peso social (ya que no económico). Esa noción de «texto» que me he sacado de la manga, han adivinado, no tiene nada que ver con el capital.

Claro que *EL SUR: instrucciones de uso* es texto en un sentido canónico, como «acontecimiento comunicativo», y lo es por contribuir a la trabajosa labor de darnos sentido: el camino

recorrido por Silvia Nanclares pasa por hacer algo que han hecho ya algunas otras, pero siempre —y hasta antes de ayer— bajo el sello de la «anomalía», del «bicho raro». Las condiciones de producción de este *EL SUR* son tan significativas como la propia relación de cuentos, y definen el texto por lo que NO es. No es un alegato desde la marginalidad exacerbada, ni el testimonio de quien lucha contra la adversidad con la sola fuerza de su voluntad, ni tampoco el auto de fe de una «mujer hecha a sí misma» saboreando las mieles del éxito desde un altar inalcanzable. Es un trabajo literario destinado a contarse a una misma desde unos fundamentos violentamente planos: ser una mujer cualquiera de un territorio carente de aristas. Ser una mujer en el cambio de los dos siglos en que se creían alcanzados y consumidos ciertos derechos a ser —a escribir—, aunque hija de una generación cuyo rasgo más destacado ha sido grabar en sus miembros el mantra «No te harás a ti mismo, lo que eres o serás ya lo hemos decidido por ti». Los que compartimos generación con Nanclares hemos debido aprender en carnes la ausencia de posibilidades dentro del «progreso», hemos perdido la fe en la meritocracia tanto como en el pelotazo. Consecuentemente, también muchos y muchas abominamos de la creatividad. Sin embargo...

¡Somos amapolas, muchas amapolas en el campo! Todas de tallo delgado, rojísimas, fragilísimas. Esforzándonos con ahínco por permanecer agarradas a tierra un minuto más, subsistentes por inercia y fervor. Miro a Silvia y a su trabajo de (auto)creación y la veo formar parte del puñado de amapolas que, siendo exactamente iguales a las demás, conseguirán pasar la noche, vivir otro día. Su esfuerzo la retroalimenta. Pero no sólo a ella: su hazaña será permitir que, en unas cuantas generaciones más, estas amapolas cabezotas consigan modificar la programación a la que está sometida la especie. En esto consiste su toma de poder: normaliza la anomalía. «Persisto porque puedo y porque todos podemos persistir».

«Y el proyecto estaba escrito y el proyecto se cumplía»

En «La vida londinense», Silvia explica el proceso por el cual ella y su hermana (real o ficticia, tanto da) abandonan el cascarón

protector, inodoro, de la ausencia de historia. La Ahistoria es ese territorio en el que hemos nacido, ella y yo, un mundo en el que se nos programaba para aceptar la homogeneización y la mediocridad, así como consumir nuestra vida sirviendo a la máquina. Cuales Alicia de suburbio, no atraviesan el espejo, sino que rompen la esfera cerrada, acotada, de las posibilidades. Con desplazamiento físico incluido, el verdaderamente importante es el desplazamiento simbólico que conlleva la adquisición ¡y el uso! de unas herramientas para trepanar una realidad asfixiante. Romper directrices, mientras se sigue siendo nadie, para descubrir dentro la auténtica, la verdadera «muchedad». Eso que conocemos hoy como «empoderamiento»¹.

El «irse» es noción recurrente en varios de los cuentos de *EL SUR: instrucciones de uso*. Penetrar como método de descomposición de esa realidad nula, crear un túnel o pasadizo siempre para re-aprehendernos y re-significarnos, nunca para quedar igual. Los «puentes» no sólo están en algún título («Puentes que amanecen mientras dormimos»), forman parte de un discurso que conoce la sinestesia, el trenzado de conceptos, el amor como herramienta para el conocimiento. Los otros, el yo, el nosotros... La ternura arrasa con los proyectos («San Juan») y vuelven a aparecer los puentes: creación, otra vez, no como emprendimiento individualista y obcecado, sino como red tejida con la piel, la palabra y el contacto. Las identidades vacilantes se hacen fuertes («Mediana»), escapar es siempre una opción que no cercenará las posibilidades de ser de otros («La vida africana», «La sombra de Aniko»): vuela y deja volar. *Y el proyecto estaba escrito y el proyecto se cumplía*: pero Nanclares lo hace colapsar. A través del procedimiento de contarse a sí misma, ajena a las nociones de más amplia consideración literaria, creando desde el «yo» más desnudo y terco posible, intoxica por dentro la programación por la cual deberíamos continuar sobreviviendo acriticamente en la Ahistoria. Abre, Nanclares, somos topos listos para continuar ensanchando, horadando los túneles en la narrativa dominante.

1 Sigo la noción de «empoderamiento» tal como se perfila en el artículo «Empoderamiento: relaciones de las mujeres con el poder», de Magdalena León: <http://www.journal.ufsc.br/index.php/ref/article/viewFile/11935/11201>

Cuando Nanclares me propuso este prólogo, volví sobre los cuentos de *EL SUR: instrucciones de uso*, al tiempo que me preguntaba todo eso que está al comienzo de este texto. A ver cómo se hace: una mujer de mi edad escribe y cree en una colección de relatos de hace algunos años, ya publicados en otras condiciones, lo suficiente como para desear volver a darles luz y hacerlo ella misma, juntando a un puñado de colaboradores y pagando de su bolsillo todos los costes de edición (que se incrementa, además, con un nuevo cuento, sumando doce a los once originales, y los collages ad hoc de Kike Lafuente). En definitiva, no es uno, sino un doble proceso de empoderamiento: la más abundante raza de creadores suele quedar a la espera del Estado o papá de cualquier signo que (nos) les produzca. Silvia no está a la espera, y si ha enviado el manuscrito a una, diez o cien editoriales ahora mismo no nos importa. Nanclares ha trabajado en una construcción efectiva del mundo, de su mundo (primera vía de empoderamiento), y ahora ejerce de gestora de las cosas prácticas y tangibles para llevarlo a los ojos de los lectores (segunda vía).

La palabreja, dicen, significa «conceder poder a otros». El uso que aquí le doy, el más expresivo de todos, es el de «tomar el toro por los cuernos». Es una acción reflexiva, ejercida sobre uno mismo, que repercutirá en cambios hacia fuera. Sin embargo, en todo este «proyecto», que sí se cumple, también «concede poder». En este minuto, yo misma, incapaz desde hace mucho tiempo de terminar nada propio, estoy trabajando en un texto. Formo parte de su red. Creo por su sugerencia, motivada por su confianza, autora por el poder que ella me otorga. No soy una, no estoy sola. Aún puedo abrir un boquete en la pared de la ausencia, de la Ahistoria. Recojo los colmillos envidiosos, guardo el instrumental científico. Aquí están sucediendo cosas y quiero formar parte. Hay un montón de gente que, amapolas desahuciadas en el campo gris de la homogeneización capitalista, va a conseguir quedarse un día más, escribir otra línea más, performar los sentidos durante algunas páginas más. Es, *EL SUR: instrucciones de uso*, un libro de relatos gráciles, fragmentarios, amigos de la elipsis y el tiempo encabalgado,

creadores de identidades algo difuminadas pero poderosas. Es también un acto político. Uno de los más bellos actos políticos en los que se me haya dado la posibilidad de participar.

Bienvenidxs a *EL SUR: Instrucciones de Uso*.

Carolina León

Madrid, mayo de 2011

ARQUETIPO DE UNA PLAGA

*Debemos buscar largamente qué es aquello que nos da placer pero
mucho más aquello que nos causa dolor.*

COLETTE



*Asco de pagar cantidades abusivas por viviendas mediocres. De sostener
a costa de nuestra salud la principal industria de la ciudad: el negocio
inmobiliario. Asco de ver convertido el principal bien de uso en un
instrumento de extorsión y explotación financiera.*

Miedo y asco en Madrid, Madrilonia.org

22 de mayo de 2004. La boda de Felipe y Letizia: los herederos. La Gran Vía está cortada al tráfico y ornamentada de un modo ofensivo a la vista. La arteria simbólica y principal de esta ciudad galopante hacia el abismo. Y no el abismo de Moncloa, no el de las explanadas de Goya, ni siquiera el del páramo castellano que la rodea. Un tren sin locomotora busca vorazmente cada vez más y más espacio que engullir. Los viejos cascos urbanos: nuevas minas de oro para los especuladores. Ante el altar del negocio, se van sacrificando los más débiles: jóvenes y viejas. Vendiendo pánico puerta por puerta con una mano, prosperidad y opulencia con la otra.

Por comenzar por algún sitio, si nos acercamos con un zoom a una de las diminutas celdillas cercanas a la horda expectante que ha venido desde otros barrios y provincias y espera el paso de la comitiva principesca podemos conocer la siguiente historia. Las historias de Madrid suceden fuera del foco, en las alturas, al otro lado de las ventanas iluminadas. Calle Valverde, sexto y último piso de una casa anexa. La pantalla de una lámpara de pie ilumina extrañamente un salón bastante amplio lleno de luz natural. Ha amanecido y a nadie se le ha ocurrido apagar esa lámpara.

22 de mayo de 2004. Junto a la luz sucede la historia. Es una mujer joven la que habla y piensa. No sabemos su nombre. Sólo sabemos que probablemente es ajena al cortejo real, al evento, a la boda. Volvió a casa de madrugada con compañía. Hizo crujir la tarima, su voz bajó unos tonos en los graves. Ahora la vemos al final de la habitación, al lado de un flexo arañado y también encendido, junto a alguien, de espaldas. Ríen y cuchichean frente a la pantalla del portátil. Una secuencia de vídeos relacionados despierta sus carcajadas.

Están leyendo un mensaje anotado como comentario en uno de los vídeos. «Puede que sea mi serie inglesa preferida. *Fall and rise of Reginald Perrin* (1976-79) es una de las comedias más quintaesenciales y agridulces de la BBC. Reginald Perrin, interpretado por Leonard Rossiter, asediado por la rutina más lacerante, se intenta suicidar hundiéndose en el mar. Pero el agua está tan fría, que se conforma con simularlo, así que deja la ropa en la playa y comienza una nueva vida desde cero».

Ella dice: Me gusta.

Ella se vuelve, mira hacia nosotros. Nos interpela. Nos quiere hablar. El libro se está moviendo, como cámara al hombro. La encuadramos. Nos mira. Escuchamos su voz.

Ella dice: Una de las cosas que más me gustaban del mundo. Imágenes cenitales de mesas recién desmanteladas en sus servicios a causa de un profuso desayuno o una larga cena de cumpleaños. Ejemplo. El que sigue. Restos de un profuso desayuno.

Imagina. Se combinan restos de la noche con intentos de la mañana. Entre antes y después de hacer el follar. Perdón, se dice amor. Así lo decía siempre él. Es un homenaje.

Fue la mañana siguiente a que David y yo nos reconciliáramos en el apartamento de Dorian. Nos costó lo nuestro encontrar la cafetera. Dorian esconde, por no decir escondía, los platos y las tazas en sitios insospechados. La cafetera apareció en una de las últimas baldas de la estantería-librería Exedit.

Dorian se ha ido a pasar tres meses a Bali —nadie supo a qué, ni siquiera si era cierto que estaba en Bali—. Al irse me había entregado un llavero con una cintita multicolor que decía Formentera. Me rogó que cuidara de sus plantas y de una tortugueta infecta llamada Moura.

Por supuesto. Al tercer día me había instalado allí con un tipo. David. Lo había conocido dos noches antes en un garito de una bocacalle de la Gran Vía.

¿Que por qué me instalé en casa de Dorian? Porque era la mejor casa de todos mis amigos. Consiguió un alquiler chollo antes del estallido, siquiera antes de la inflación, de la burbuja. Tenía encandilada a la dueña, a la que convenientemente agasajaba con cestas de frutas, y a veces cosas peores como pañuelos de seda pintados a mano. Todo lo sacaba de sus sesiones. Restos, lo llamaba él. Con el único fin de conseguir prórrogas infinitas con escaso incremento del monto total del alquiler —que era insultantemente irrisorio—. Una anciana muy rica, muy facha y, tristemente, muy simpática.

Dorian es venezolano pero lleva cerca de quince años afinado en Madrid. Más de diez años en la misma fabulosa casa de la calle Valverde. Un ático con una cocina con galería interior acristalada y una serie de cuartos enormes crujientemente entarimados que hacen del apelativo apartamento que Dorian insiste en utilizar —secuelas de su vida “londinense”— una broma de mal gusto para los que verdaderamente vivimos en pisos de cuarenta metros cuadrados con techos a uno ochenta del suelo de terrazo o sintasol y ventanas de aluminio. El piso, arquetípicamente madrileño y totalmente pensionable, formaba parte de un palacete llamado Casa Tangora. Bastante después supe que en los años cincuenta había sido dividido en «apartamentos» por la familia propietaria, no sin conflictos. Cada hermano se quedó con una casa. La arrendadora de Dorian, viuda de diplomático, quien pasó de saltar de consulado en consulado a vivir en una cara residencia de ancianos, al volver a Madrid, alquiló a Dorian su «ala» por una ridícula cantidad y estando aún en vigencia la ley de renta antigua. Desconocemos las razones.

Desde su esquina se ve perfectamente el neón de la Schweppes. Me puedo, me podía, pasar tardes enteras mirando por la ventana. Una vez, incluso me olvidé de ir a trabajar. Pero eso, como decía aquel, es otra historia.

David no llegó a conocer a Dorian pero yo sabía que a David le encantaría Dorian —caería en automática devoción por él—, mientras que apostaba algo a que la sola presencia de David a

Dorian le provocaría una incomodidad enorme. Las palabras también separan a la gente. Algunos son incapaces de decir adorable, infinitamente o pasote. Otros nunca dirían delicado, *déjà-vu* o hastalueguito.

David y Dorian pertenecían a bandos léxicos distintos. Porque David es el tipo de tío que está continuamente describiendo las cosas, como si su vida fuera un documental al que le faltase la voz en off y al que necesariamente hubiera que agregarle cosas del estilo «¡Hala, estoy teniendo un *déjà-vu* en estos momentos!» o «Hace muchísimo que no voy a un concierto. Con las ganas que tengo de pegarme un pasote». Y si hay algo que pueda sacar de quicio a Dorian es la obviedad. La falta de sutileza, el ruido.

Sin embargo, a mí me tenía cautivada ese maldito David con todos sus apelativos manidos, sus lugares comunes y sus constantes tarjetas demostrativas de sus preferencias, como si los demás tuviéramos que aprender a deletrear sus gustos y sus deseos.

Además, yo estaba deseando experimentar la convivencia con un amante. Dejar de quedar para follar. Simplemente tener el sexo a mano. Los pilares del matrimonio. Y como sabía que el experimento tenía fecha de caducidad, me relajé. Yo me había pedido por Reyes el juego de aprender minerales y David era el basalto, la mica y, normalmente, el yeso. Él, mientras, se dejaba querer.

Me sentía dentro de un Gran Hermano ideado, dirigido y producido por mí. David era el concursante elegido después de un costosísimo casting que había tenido lugar en esa parte de la noche en que ya nadie pide demasiado.

Vivir «en lo de Dorian» era como «estar inmerso en un cuento de hadas moderno». Esto, obvio, lo dijo David. Lo único misterioso era que Dorian había ideado una forma de vivir propia, con sus disposiciones específicas de espacios, utensilios y habitaciones. Todo respondía a una lógica absolutamente propia e intransferible. Dorian había sorteado esa tendencia fortísima a

vivir «como se ha vivido» durante años y verdaderamente había acomodado su hogar a sus —como las de todos y cada uno de los seres humanos— peregrinas necesidades.

Así que pasamos las tres primeras semanas en una extraña y fluida dinámica. Buscábamos y encontrábamos objetos y lo que no eran objetos. Alimentábamos a Moura, la tortuga, que se empeñaba en esconderse debajo del sofá Klippan, como si supiese algo de lo que se avecinaba.

Una mañana, recibimos la primera visita. Era un dinámico abogado, más joven que yo, que decía venir de parte de la propiedad. Me hice pasar por la hermana de Dorian. Primer error. El tío me empezó a hablar de pagos atrasados, recibos de comunidad devueltos y reformas inminentes. Mientras yo me despepezaba, el tipo desplegó su discurso apocalíptico acerca de las condiciones del inmueble. Yo sólo miraba su gran reloj y me lo imaginaba poniéndose ese traje cada mañana bajo la atenta mirada de su madre orgullosa. Mi actitud se limitó a un incesante encogerse de hombros y a decir que mejor lo hablara todo con Dorian.

Por el tipo supe que Dorian hacía meses que no le cogía el móvil, no respondía mails, no daba señales de vida. Fue el primero que pronunció la palabra herencia. Y fue la palabra herencia la que inauguró una cadena de sucesos de lo más inesperada y terrible. Los arrendadores hacía tiempo que se habían desentendido del mantenimiento de la finca. Llevábamos meses sin cerradura de acceso ni luna en el portal, a veces la escalera se llenaba de excrementos y orines. Las cañerías apestabán. Ya desde antes de que Dorian se fuera, una simple ducha podía desencadenar reflujos inesperados, tal era el deterioro del sistema sanitario del edificio. Este había pasado de ser un interior de Vetusta a un túnel de metro en obras y distópico. A veces dormía gente dentro. Los días de frío. Pero eso es Madrid. El centro. La instalación eléctrica empezó a fallar justo el día en que Dorian dejó de contestarme a los mails. Me sentí como un mal augurio en su vida. Y en la mía.

Otra mañana. La del desayuno profuso visto desde arriba. Segundo error. Burofax para Dorian. Aunque los seres humanos de la ciudad deberían nacer con un tatuaje que diga «Nunca aceptes un burofax», yo se lo cogí al cartero. Y firmé. «Los hermanos Bonmatí» me proponían una cita en el bufete de sus abogados. Su hermana-casera de Dorian había entrado en una demencia irreversible. Ellos pretendían vender la finca pero era imposible hacerlo con siquiera un único inquilino dentro. Además. Dorian estaba invitado a la apertura del inminente testamento. Y hasta que no apareciera no se abriría. Fideicomisario. Últimas disposiciones. La familia había contratado a la empresa remitente del burofax para acelerar el proceso. Rogaban disculpas por las molestias ocasionadas.

Molestias. Ocasionadas. Palabras, palabras, palabras. Estos nuevos términos abrieron otra época: la velocidad de los acontecimientos se disparó al ritmo que imponía la ley y el particular entendimiento de la misma por parte de «la propiedad». Hablé por teléfono con mi hermana María, que es abogada. La parte centrada de la descendencia.

—¿Qué significa fideicomisario? Fideicomisario, María.

María dice: Pertenciente o relativo al fideicomiso.

Resoplo. Precipitación. Hace días que no veo a la tortuguita por ninguna parte.

—Bien, ¿y qué?

María dice: Disposición por la cual el testador deja su hacienda o parte de ella encomendada a la buena fe de alguien para que, en caso y tiempo determinados, la transmita a otra persona o la invierta del modo en que se le señala.

Nueva visita del chico del reloj imposible. Me cuenta que su padre también es promotor. Que la propiedad ha contratado a su empresa, empresa que protege a los inquilinos sumidos en contratos de inmuebles ruinosos, en riesgo. Me habla de la calle Desengaño, de las prostitutas, del miedo, de la riqueza en poten-

cia por venir. Me habla de facilidades para acceder a un alquiler con opción a compra en Sanchinarro.

Entonces lo veo claro. Dorian dispondría de la casa hasta que la dueña muera y por el derecho natural la finca pase a sus hermanos. A no ser que el testamento diga lo contrario. Y Dorian sin aparecer. ¿Por qué se ha ido? ¿Por qué me ha dejado aquí sola? Me duele más su falta de confianza que la incertidumbre de no saber si estará bien. Porque sé que estará bien. ¿Y si me dio las llaves a mí con la certeza de que yo no abandonaría?

Necesito hablar con él. Pero Dorian no está más en la calle Valverde y de momento me las tengo que arreglar sola. Por cierto, pequeño dato. David me dejó a los dos días de firmar el primer burofax. Ya digo que firmar esos bichos no trae nada bueno jamás.

Mi hermana María y yo nos pertrechamos en la casa de Dorian, únicas habitantes de un edificio vacío. Ya no es tan bonito vivir junto a la Gran Vía, por más que el neón de Schweppes lleve más de treinta años encendido. Aun así, intento mantener el espíritu Valverde, como lo solíamos llamar. Una mañana nos encontramos nuestro pasillo alfombrado de publicidad. Y las paredes del descansillo tiznadas hasta el techo. La publicidad resbala al pisar, las paredes manchan de negro. María me anima a que los denuncie por acoso inmobiliario. ¿Y quién soy yo para hacerlo? No figuro en el contrato, no soy familiar de Dorian. María me confirma que la ruina del edificio sí que sería causa de resolución del contrato de renta antigua. Me habla de los Vendedores de Pánico a Domicilio o Revientabloques.

—¿Asustaviejas?

María dice: Y asustajóvenes. La traducción literal sería «revientacasas». El nombre viene de la Segunda Guerra Mundial. Eran unos explosivos muy bestias que lanzaba la aviación aliada y que eran capaces de borrar del mapa barrios enteros. Así, ¡bum! La analogía es bastante elocuente, ¿no?

Soy incapaz de marcharme. Esto es todo lo que queda de Dorian en Madrid. Si me largo, esos marcianos se encargarán de hacer desaparecer todas sus cosas. Discos, libros, ropa, objetos. Gran responsabilidad. Se acaba el espíritu Valverde.

Pienso en Max Aub, en la calle Valverde que conoció la señora Fernanda, que así se llama la dueña, esa que ya apenas recuerda su propio nombre. Hago un ejercicio de memoria y reconstrucción pero esto ya se ha vuelto demasiado sórdido. No tengo ni idea de qué haré con las cosas de Dorian. Pero no quiero ceder ante esta situación, esta injusticia que ha roto algo por la base, algo que hace emerger una presión contenida, una presión que irrumpe a su vez con violencia y que arrasa con todo lo que se le oponga. Aunque, sobre todo, echo de menos a mi amigo.

De momento, me voy a tirar a las calles a buscar a otro David. Un David más alto y fuerte que me proteja cuando llaman los abogados y los inspectores a la puerta y tengo miedo. Si ellos revientan las casas, nosotras reventaremos su paciencia. Y los bares. Entre sus medidas de presión y mi debilidad sólo se me ocurre oponer grandes dosis de inconsciencia, obstinación y frivolidad.

Se repite la escena del principio. Vuelvo acompañada a casa con un David o un Óscar o un Raúl subalterno. Risas, pero dónde vives, tía, en la casa de Drácula, un resbalón, descanso y más magreo. Nos topamos con Efrén. Efrén es el vigilante jurado. Confiamos en él, tiene una linterna y una petaca. Se lía un cigarro. Tercer error. Lo de confiar en él. Me siento confiada hasta que me fijo en sus manos, de golpe apretadas para que no descubramos las palmas tiznadas. Efrén tiene 57 años. Trabaja de diez de la noche a diez de la mañana. Cobra 700 €.

María dice, leyendo: La víctima, atemorizada y esperanzada ante las promesas de un nuevo y barato alojamiento, firma voluntariamente el cese de la relación arrendaticia. Esta picaresca digna de nuestro Lazarillo podría llamarse tranquilamente una coacción en términos coloquiales.

Parpadeo, parpadeo, neón. Tengo que encontrar a la tortuga como sea. Tengo que inventarme un lugar donde meter todas sus cosas. Parpadeo. Mañana pensaré en todo lo demás. Pero yo de aquí no me muevo.

Alejamos el zoom. Casa Tangora fue finalmente «limpiada» del todo el 22 de septiembre de 2004, el mismo día en que Letizia y Felipe anunciaron su primer embarazo y unos operarios terminaron de quitar la costra de contaminación que cubría el neón de la Schweppes. El día del abandono por parte de la «parte arrendataria» representante de Dorian Velásquez, venezolano, mayor de edad, en paradero desconocido. Ese mismo día, su amiga, conocida por las iniciales E. M., bajó a la calle Desengaño, entró en la tienda de productos químicos Riesgo, abonó la cantidad correspondiente a veinte gramos de etilenglicol, un compuesto químico muy tóxico utilizado en el revelado de fotos. Subió por última vez a su vivienda. Preparó un té y esperó a «la parte arrendadora». Cuando ésta estuvo profusamente servida e indispueta, cuando no intoxicada, E. M. salió del edificio, dobló la esquina y bajó por la Gran Vía, giró por Alcalá, avanzó por el Paseo de Recoletos. Alguien dice haber visto a la inquilina comprando un vestido negro y unas sandalias en el establecimiento minorista textil Xiang Li.

E. M. entra en la estación. El próximo tren que sale: AVE, destino Córdoba Central-Sevilla Santa Justa. Compra un billete. Entra en el baño de la estación. Se quita casi toda su ropa y se pone el vestido negro y las sandalias. Piensa en la posibilidad de un río entre andenes. Deja la ropa junto a su bolso, en el suelo. Sale del cuarto de baño con el billete metido en un libro. El libro en la mano. La vemos alejarse de espaldas en dirección a los andenes. Las sandalias chancletean y el sonido rebota en las bóvedas de la estación.

Megafonía dice: Última llamada para viajeros destino Córdoba Central-Sevilla Santa Justa. El tren se encuentra estacionado en el andén 17.

Ella pasa el control, pasa rozando el escáner con su falda y

su libro, por una vez no hay nada que meter ahí. Sube al polo de aire acondicionado. Abre su libro, donde Tomas Espedal dice:

El sueño de desaparecer. Esfumarse. Salir un día por la puerta y no volver nunca.

El sueño de convertirse en otro. Abandonar a los amigos y la familia, abandonarse a uno mismo y convertirse en otro; romper todos los lazos, abandonar el hogar y las costumbres, renunciar a las pertenencias, la seguridad, las perspectivas de futuro para convertirse en un extraño.

El sueño de una transformación.

Como cuando te despiertas una mañana junto a un rostro que no conoces.

Y

vemos

cómo

el

andén

empieza

a moverse

a

su

izquierda

hasta desaparecer.

PUENTES QUE AMANECEN MIENTRAS DORMIMOS

Todo será como antes.

DOMINIQUE A.



Lo que amamos, lo que nos gusta, los libros, los discos. Lo único que importa, que nos salva, que nos demuestra la posibilidad de una felicidad.

Como John Cusack en *Alta Fidelidad*, yo andaba retorciéndome de celos. Se dice amor, perdón.

La noche de San Juan de 2005 hice tres cosas importantes: empecé un relato que titulé *San Juan*, conseguí escapar de una fiesta en mi edificio y suicidé una parte de mí tirándola al río Guadalquivir.

Llegué en bici hasta el puente de El Cachorro. Me situé en el punto medio, con ganas de gritar y tirar algo. Y lo hice. Tiré el teléfono móvil, con todos sus bonitos mensajes y un montón de fotos, irrecuperables desde el mismo momento en que el objeto cayó limpiamente sobre el agua verde, levantando una salpicadura diminuta y perfecta como la soñada por el mejor saltador de trampolín.

Cuando empezaba a arrepentirme del acto irreversible, fantaseaba con imágenes marcha atrás que corrigieran la caída y juzgaba desesperante la sumisión y el mutismo de los objetos, vi una silueta acercándose.

Un hombre con un perro salchicha. Por el puente de El Cachorro.

Pasa muy cerca pero pasa de largo. Al volver ambos la cabeza nos reconocemos. Es el amante de mi mejor amiga. Mi mejor amiga tiene un novio estupendo, pero desde hace un tiempo mantiene una historia seria con este sujeto, ¡dueño de un perro salchicha!

Se llama D., y el día que mi amiga me lo presentó me cayó fatal.

Lógicamente, yo ya andaba moralmente mal dispuesta al tema de la infidelidad.

D., el hombre del perro salchicha, es un tipo alto, va vestido de negro, parece uniformado. No es especialmente guapo.

Me pide prestado mi móvil después de los saludos. Increíble. Dice que el suyo se ha quedado sin batería. Le pregunto si va a llamar a mi amiga. Dice que no, que esa noche ella cena con su novio en plan cenita romántica.

—No sé cómo lo aguantas.

—¿Me puedes dejar tu móvil o no?

En vez de soltar una excusa creíble, le empiezo a contar toda la secuencia que acabo de protagonizar. Con pelos y señales, desde el comienzo del relato. Me da confianza, la conversación fluye, él se muestra interesado y hace preguntas pertinentes. Me desahogo.

Caminamos en dirección a Triana en busca de un teléfono público. Pasamos un buen rato callejeando por el barrio con la excusa de pasear al perro. No paramos de hablar. Nos atropellamos y nos reímos. Parece un tipo mucho más majo que el día que lo conocí. Y empieza a resultarme bastante atractivo.

Tomamos una cerveza en un bar abierto de la calle San Jacinto. Bueno, tomamos la primera. Él me habla de un grupo que está montando. Yo le escucho con atención. Como en el bar la música está bastante alta, nos hablamos todo el rato al oído. Nos van dando las tantas. Nos echan del bar.

Vamos hacia el puente de Triana. Compramos churros y chocolate en el kiosko. Si ya está abierto es que debe ser muy tarde. Acaban de adelantar la hora y estamos un poco perdidos con el indicio luz relacionado con el tiempo. Nos sentamos en los bajos

del río. En un banco, contemplando el puente mientras comemos churros. Admiramos el puente.

—A mí me encanta esta ciudad, no me importa lo que los demás opinen.

—Sí, tiene algo.

Una luna rosa va desapareciendo mientras hablamos de cosas variadas, de un último concierto, películas. A veces nos pisamos al hablar y a veces hay silencios.

De pronto, este momento se me muestra como la resolución del pasado en pos del futuro.

Se acaban los churros. Ahora sí que está clareando. Debemos volver cada uno a su casa, D. dice algo sobre entrar pronto a trabajar.

Vuelvo andando por Alfonso XII, giro en la Plaza del Duque y por la calle Adriano llego a La Alameda. Cruzo por medio del albero y descubro los restos de las hogueras. Había olvidado por un momento la secuencia de la noche, el incidente desencadenante, la fiesta de mi casa y las hogueras. Yo había quemado mi móvil utilizando el agua.

Me meto en el bar Las Columnas, pido un café y marco el número del fijo de mi amiga en el teléfono público del bar. La despierto. Son las siete y cuarto.

Le digo que me he encontrado con D. Que ya no me cae tan mal.

—¿En serio?

Habla en susurros para que su novio no la escuche. Se pone a hablar de golpe sobre el examen de conducir que vamos a hacer juntas en breve. Su novio ha vuelto a la habitación.

—Sabía que te caería bien cuando lo conocieras mejor.

Vía libre otra vez. Le pregunto si sigue sintiendo lo mismo por él. Si sigue planteándose la posibilidad de romper su relación por causa de D. Me dice que sí. Retiro el auricular para hacer muecas demostrativas de fastidio. Cuelgo al poco y enfilo para casa.

Estas calles vacías del centro me asustan más que la Gran Vía de madrugada. Una ciudad totalmente dormida es sospechosa. Un casco antiguo amurallado restringe la capacidad de acción. Acota la fiesta. Intensifica los encuentros. Como el pop a la burguesía, la ciudad pequeña es ideal para ser pobre. Y para ser visible. Es fácil, es cómoda, es tranquila, regala el tiempo y el espacio generosamente.

Todo esto lo pienso para tratar de olvidarme de D. Bueno, más bien del hecho de que mi amiga lo ama. Ese escollo resulta insalvable, por mucho que D. y yo acabemos de recibir el Nobel de Química (*ex aequo*) contemplando el puente de Triana.

Recuerdo la luna rosa y empiezo mentalmente un listado de puentes que me gustan para no pensar en D. antes de dormir.

Puente de los Franceses, Moncloa, Madrid.

Puente de Brooklyn, Brooklyn, Nueva York.

Puente Romano, Mérida, Badajoz.

Puente Colgante, Portugalete, Bilbao.

Me recuerdo a mí misma de pequeña cruzando la cubierta del acueducto de Segovia. Nunca sé si este recuerdo es real o inventado. De todos modos: acueducto de Segovia, Segovia.

Pont-Neuf, Toulouse, Francia.

Pero la imagen del puente de Triana viene peleando por detrás y se impone. Se repite y se hace fuerte. Se repite. Se repite.

También recuerdo de golpe que, ¡mierda!, me he dejado la

bici atada en la estación de autobuses, justo al lado del puente. Francamente, me da igual.

El puente.

De acuerdo: puente de Triana, Triana, Sevilla.

Vaya.

En un descuido, me han robado el corazón. Última imagen del puente y fundido a negro.

EL DENTISTA ZURDO



Vive y trabaja enfrente del río Salambó, en la zona alta. El barrio se llama Los Remedios. En principio, no es mal nombre para abrir una consulta de cualquier característica.

Primera consulta.

Lo que más suele emocionar en una visita al dentista es la huida. Abandonar los pisos extremadamente blancos y los suelos entarimados. Acceder al ascensor y sentirse por fin a salvo.

Fui caminando desde mi casa, media hora, centro histórico a través. Crucé el puente de San Telmo y encontré la placa envejecida en tonos cobrizos que indicaba el piso donde vivía mi nuevo dentista, al que a partir de ahora llamaremos Leopoldo.

Cuando se cambia de dentista, se ha cambiado definitivamente de ciudad.

En el primer encuentro, Leopoldo me habló de los problemas de memoria que se conocen como metamemoria o síndrome de la punta de la lengua. También me habló de un viaje en coche por la bahía de Cádiz.

Yo había subido en ascensor hasta el cuarto piso. Me había encontrado un gran espejo en la entrada del portal y mi cara congestionada por la humedad del Salambó.

En la sala de espera hay un ventanal. No, no es un gran ventanal, que parece que no puede haber ventanal sin ser gran. Es un ventanal. Suficiente para ver la Torre de la Plata y el pabellón de Argentina al otro lado del río. A la izquierda del puente de San Telmo hay un merendero llamado Las Flores. Perdón, un

gran restaurante llamado Las Flores. Con extraordinarias vistas al Salambó, hace frontera con el barrio de Triana. Miro la galería acristalada y distingo en el interior de Las Flores una mesa alargada con micrófonos, unos focos que apuntan a la mesa y a los hombres con corbata que la ocupan. Unos camiones de la televisión pública están aparcados en la puerta del merendero.

Me estoy desangrando. Pido, por favor, con un hilillo de voz y un hilillo de sangre corriéndome por la comisura derecha, las coordenadas del baño. La enfermera se llama Salud.

Relaciono la sangre sobre la loza inmaculada del lavabo con el desayuno político y televisado. Los focos sobre el río, el aire gélido incomodando el tráfico del puente, haciéndolo inhóspito.

Escupo toda la sangre que puedo y salgo a mi escena.

Me hacen esperar la entrada del actor principal tumbada en el sillón reclinable y con un babero con cordón metálico al cuello.

Leopoldo pregunta por las personas que me han enviado hasta él. Referencias, dice. Escribe en la ficha. Está sonando Cat Stevens.

—Me encanta Cat Stevens, me recuerda a mi padre.

—Qué viejo me acabas de hacer —se queja Leopoldo con una falsa pesadumbre.

—Lo redescubrí con las películas de Hal Ashby.

—¿Conoces a Hal Ashby? —ahora está admirado—. Pues yo no.

Yo ya sólo puedo asentir y sonreír con los ojos. Ya me tiene presa, espejito en mano dentro de mi boca.

Me percato de que es un perfecto caballero cuando me explica con todo lujo de detalles, como la cosa extraordinaria que es,

cómo me va a anestesiar y las consecuencias que esto pudiera tener. Es un pliego de descargo oral.

Le cuento que me partí la muela celebrando una muy buena noticia y aprovecha el pretexto de la anestesia para averiguar si esa celebración no tendría que ver con mi «estado de buena esperanza».

Me sonrío y niego moviendo el dedo, imaginándome de inmediato muchos hijos rubios que me llegan por las rodillas.

El dentista zurdo canturrea a Cat Stevens mientras se ajusta los guantes.

Me habla de la bahía de Algeciras, de un caudillo genocida que hubo en Etiopía del que es incapaz de recordar el nombre. No sé quién es el dentista zurdo, pero confío en él.

Los dentistas son actores especializados en monólogos.

Me informa de que se ligó a su mujer aprendiéndose el *Concierto de Aranjuez* a la guitarra. Tiene cuatro hijos ingenieros, una hija pintora y una mujer danesa llamada Colin que corre por la playa de Zahara de los Atunes cinco kilómetros diarios y luego se baña en el agua helada del marzo atlántico. En casa del dentista zurdo hay una habitación sólo ocupada por tres ordenadores.

—Uno de ellos bajo sistema Linux.

Se declara enemigo de la SGAE mientras dibuja mi rota muela como debió ser en su infancia. Y explica lo sucedido con la delicadeza extraña que tienen los zurdos al dibujar. Me extrae el pedazo fracturado. Me enjuago.

El estado de mi boca no es malo. Ha dicho Leopoldo.

—Ten en cuenta que yo soy un actor de última hora. La boca es una biografía y tú ahí ya tienes mucho vivido.

Me pongo el abrigo mientras me dan una nueva cita en la entrada. Salgo.

Mientras espero al ascensor, Leopoldo abre la puerta, iluminando el descansillo con la luz halógena e higiénica de su consulta.

—Selassie.

—¿Cómo?

—El último emperador etíope. Fue estrangulado a manos de Mengistu en 1975 con un cordón de nylon. El verdugo se situaba a la espalda y tirando con fuerza en sentido opuesto de los cabos del cordón rompía la tráquea al reo, que fenecía en la peor de las asfixias. La llamada Pajarita de Mengistu. ¿Te ha dado hora Salud? —dice con las manos enguantadas y extendidas delante, como una Virgen barroca.

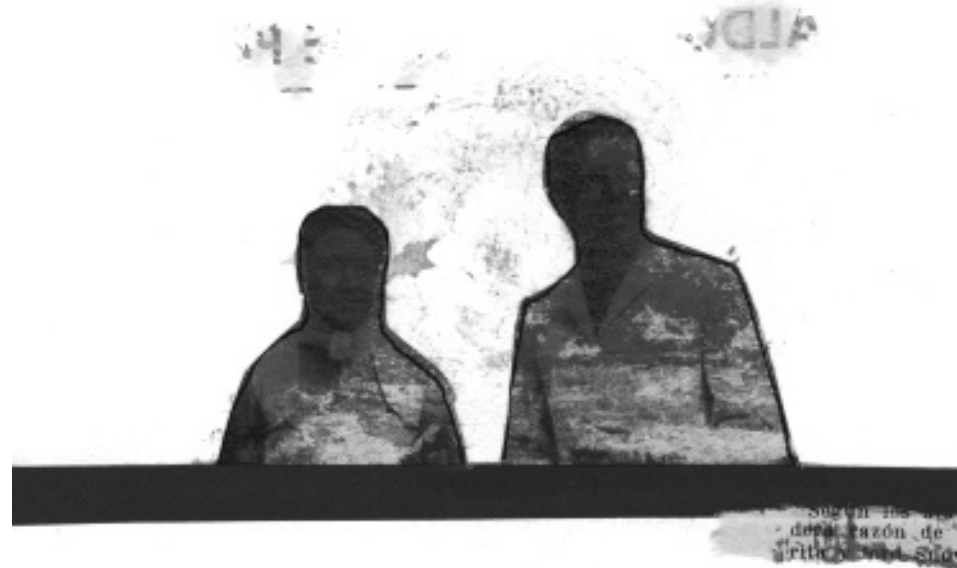
Asiento con una sonrisa de media comisura, por la anestesia y por la estupefacción.

—Mengistu mandó enterrar el cadáver de Selassie bajo los mosaicos de un baño en el palacio real.

Leopoldo se sube la mascarilla y vuelve a la consulta cerrando la puerta de espaldas y con el pie. Llega el ascensor. Pienso en memorizar Selassie, para Google y Wikipedia. También imagino una balda con toda la colección de fascículos de *Historia 16* en la sala de los ordenadores de Leopoldo.

Canturreo a Cat Stevens con media cara dormida. «*Oh, baby, baby, it's a wild world*». En el merendero ya no hay rastro de la comitiva. Y ya ha salido el sol que transforma a diario el frío Sallambó.

LA SOMBRA DE ANIKO



Vuelvo, sin ninguna solución y contra todo consejo médico. Ya me estoy volviendo como ellos, no hay marcha atrás.

—Te vas a quedar ciega.

Fue la última frase que me dijo mi padre mientras encendía el flexo rojo que tengo atornillado al escritorio.

Hay frases que se heredan. Sobre el tronco de ADN lingüístico de las madres, como dispensadoras de lengua madre que son, los padres perpetran muescas imborrables. La máxima sobre la ceguera era una de ellas. En la red de habla y sentido que mi familia había ido tejiendo hasta el día en que empieza este texto, los ciegos y la escasa luz convivían mano a mano.

Quizá yo al dar palabras a estas incorpóreas presencias las estoy aniquilando. Quizá si pienso demasiado en ello, ya nadie más pueda en mi familia decir «Te vas a quedar ciego». Como si al ponerlo por escrito, las letras impresas actuaran como un conjuro capaz de romper la maldición de la amenaza de la ceguera en los emplazamientos lingüísticos de mi hogar de origen.

Los hogares se expanden. Las familias léxicas se enriquecen. ¿La gente se queda ciega por leer con poca luz? ¿Por qué si no tenemos esa certeza lo seguimos diciendo?

Seguimos. Cuando hablo en plural me refiero a nuestra familia.

En lo que va de relato he empleado siete veces la idea familia. La palabra familia.

Me marché a trabajar unos meses a Edimburgo, a un hotel llamado Creamfields, de la cadena multinacional Best Western. Tenía una compañera de piso islandesa. Como buena persona meridional, pierdo los papeles con cualquier atributo nórdico, así que caí fulminantemente enamorada de Aniko.

Me pasaba las mañanas mirándola hacer tareas del hogar mientras hacía tiempo para llegar al hotel. Yo trabajaba de tres a diez o de ocho a tres, en semanas alternas. Cuando trabajaba de mañana dedicaba las tardes a acompañar a Aniko a cualquier gestión o recado o visita que fuera menester. Vivía una existencia postiza fuera de mis horas de trabajo. Yo era una bella islandesa llamada Aniko. Yo fui una sombra.

Aniko tenía una piel prácticamente traslúcida. Unas vías lácteas de lunares oscuros —no pecas— constelaban sus piernas y su espalda. Lo sé porque yo dormía junto a Aniko, yo me duchaba con Aniko, yo iba a la piscina municipal con Aniko. Yo era Aniko.

Dejé de ser Aniko un 20 de septiembre, de golpe. Me puse a vomitar sobre la moqueta de la habitación 277 del Creamfields y mi *staff manager* marcó fríamente el teléfono de un médico mientras mandaba que alguien frotara la moqueta.

El médico, que era zurdo, me palpó los ganglios en primer lugar, me hizo sacar la lengua, me estudió las palmas de las manos sobre las suyas. Me mandó a un *Family planning* y a las siete de la tarde —hora española— tenía entre mis manos un test de embarazo positivo. Volví a vomitar y dejé de ser Aniko.

En nuestro imaginario, el aborto y Gran Bretaña están unidos con un halo de protección y cientos de libras. Aun así, volví a mi hogar meridional. Cogí el tren hasta Londres y salí desde Luton en el vuelo más inminente y barato hacia Madrid.

El ginecólogo me dijo que mi embarazo era un huevo huero.

Que no estaba embarazada. Yo sabía que lo que había pasado era que yo había fecundado mi deseo de ser Aniko.

El huevo huero era la Aniko que yo no podía ser.

Al poco de volver a Edimburgo, Aniko fue la que se quedó embarazada y no de mí, evidentemente.

Al quinto día de mi vuelta, Aniko me preguntó si yo no pensaba dejarla ni a sol ni a sombra (*Either sun nor shadow*). Me dijo que en su tierra el contacto físico era más limitado que «en las poblaciones» del Sur de las que yo procedía. Que su espacio vital era mayor que el mío y que por Dios la dejara en paz.

Seguí trabajando en el Creamfields, seguí comiendo sola en los Meadows, seguí viendo obras de teatro vespertinas, seguí volviendo a casa a esperar a Aniko.

La dejé en paz el tiempo suficiente para que volviera a dirigirme la palabra. Una tarde regresó antes de lo normal a casa y yo, por supuesto, la esperaba, sentada a la mesa de la cocina. Se encerró en el cuarto de baño y a los diez minutos vi una cara enrojecida y convulsionada que emitía un lapidario «*I'm pregnant, I'm pregnant*».

Le propuse a Aniko hacer una excursión al día siguiente al Arthur's Seat. Podríamos hacer fotos o emborracharnos. Ya que aún no sabía si iba a tener el niño o no, el alcohol y el aire de la montaña le darían la lucidez necesaria.

Aceptó de buena gana, incluso propuso llamar a algunos amigos, a lo que yo me mostré sonrientemente reacia.

Compré una botella de Rioja en el Sainsbury's —costó mi sueldo de un día—. Y así nos despertamos al día siguiente dispuestas a elevarnos a la Silla de Arturo, la montaña más alta de la ciudad. La tradición dice que cuando uno la sube a pie, consigue ver claramente cuáles son sus verdaderos deseos.

Allí arriba toqué el cielo, y no es una imagen. Aniko estuvo encantadora y se dejó fotografiar de todas las maneras. Yo volví a nacer. La borrachera fue divertida y acabamos haciendo la

croqueta por los repechos verdes y húmedos de algunas de las laderas hasta casi llegar a la base de la montaña.

Aniko nunca tuvo el hijo.

En el otoño dejé otra vez Londres para volver a Madrid.

Llegué a casa desde el aeropuerto a las seis de la mañana. Sin despertar a nadie, me quedé un buen rato mirando la portada del periódico del día anterior como quien mira una reliquia. No sé si se me hacía más raro que estuviera en castellano o que todavía alguien comprara el periódico todos los días, como se compra el pan.

—Te vas a quedar ciega —dijo mi padre desde la puerta de la habitación.

Y encendió un flexo rojo que tengo atornillado al escritorio.

La ciudad de nacimiento, como el nombre propio, es algo aleatorio y determinante. Pero una también puede cambiar de nombre. Y hasta de lengua madre, o al menos puede contaminarla con distintas capas de otras lenguas hasta inventar una nueva.

Me mudé a una ciudad más pequeña y desconocida, con la que nada me unía pero que parecía el mejor sitio para olvidarme de Aniko.

Una ciudad luminosa a la que llamaremos África.

¿POR QUÉ NO HABLAMOS TODOS DE MARION?

mayeto.

1. m. Cádiz. Viñador de escaso caudal.

Diccionario de Uso del Español

María Moliner



Lo llamábamos *Il Viudo* y era detective. Todo venía por su gusto obsesivo por las películas neorrealistas y por su manía de llevarse a la niña a los «paseos». ¿Qué cosa puede haber menos sospechosa que un hombre con un carrito de bebé, por sofisticado que sea, el hombre o el carrito? Es una imagen que provoca empatía automática. Porque lo aparentemente chocante en conjunto nunca es extraño. Lo que llama la atención siempre son los detalles.

El problema de *Il Viudo* era su «afección por la bebida». Desde que tenía hija se había moderado, pero aun así se seguía perdiendo en los interminables regresos a casa.

De este modo, más de un día salía pertrechado con su carrito y sus gafas de viudo italiano a acometer los paseos acompañado de una casi impracticable resaca. Casi siempre eran absurdas vigilancias a hombres o mujeres que se habían salido del camino que su biografía había trazado hasta el momento. Gente con detalles sospechosos que, de pronto, hacía saltar una ficha en la partida que jugaba con sus conocidos.

Vivo en una ciudad muy al sur donde el *Non* y la *Fiction* se entrelazan tan naturalmente como para hacerme mirar con perplejidad el hecho de que la iniciativa de un profesor de crear un seminario de No Ficción prosperase en un aburrido claustro de la Facultad de Filología. Me matriculé.

Lo más parecido que conocía a la No Ficción y lo más susceptible de ser relatado era mi conocimiento de *Il Viudo*.

Il Viudo —no puedo revelar su verdadero nombre— era un antiguo amigo de mi novio. Vivo en una ciudad pequeña y si sigo

dando datos más de una treintena de personas empezarán a atar cabos y construir una crónica de verdadera ficción sobre el hecho de que se haya por fin desvelado la profesión de Il Viudo.

Le pedí permiso a Il Viudo para convertirme en su sombra. Seguir a un detective me parecía suficientemente irreal como para conformar una crónica. Me habló de un par de casos para que eligiese. El primero era el de un tipo que había perdido un dedo al acercarse a una atracción de feria. Su anillo se había en-ganchado en la sillita con forma de mariquita en la que daba vueltas su niña y se había llevado con su siguiente vuelta la fal-lange de su cliente. Il Viudo estaba investigando si el propietario de «los cacharritos» cumplía las normas de seguridad. Il Viudo lo había seguido por toda la provincia y lo haría por todo el país si su cliente seguía contratándolo.

Según me lo contaba —por cierto, no sé si estoy violando el secreto profesional de Il Viudo—, me retorcí de la risa, porque además Il Viudo tiene la cualidad de ser un tipo particularmente gracioso a la hora de contar las historias. Cualidad muy notable pero no poco común por esta parte del mapa.

Pero me quedé con el segundo caso. El de una auxiliar ad-ministrativa de una inmobiliaria que había hecho desaparecer la señal que un mayeto había entregado por la compra de una parcela en la ensenada de Bolonia.

La inmobiliaria estaba en Vejer y el mayeto era de Barbate.

La administrativa era rubia y la llamaremos Marion. Estaba desaparecida desde horas después del cierre habitual de la in-mobiliaria, el día en que el mayeto llevó en efectivo una consi-derable suma. Marion contaba con el favor de su jefe, así que la dejó que se ocupara sola de hacer el ingreso en el banco la mañana siguiente. Pero Marion nunca volvió a su trabajo.

Su hermana mayor había contratado los servicios de Il Viudo. Según los datos que la hermana proporcionó a Il Viudo, Marion siempre hablaba de dejar el «maldito sur». Según su teoría, ha-

bía cruzado impunemente la península hasta llegar a Barcelona, donde vivía Craig, un americano del que llevaba unos años ena-morada. Vicenta, la hermana de Marion, habló de Craig en estos términos: «Es un muchacho muy americano. Es muy simpático pero siempre creo que le falta un hervor, que le ha pasado algo en el camino entre Barajas y Vejer. Suda mucho pero no huele mal. Marion y él se conocieron en Los Caños, él se quedaba en el Camping Camaleón».

Para ir en tren del Sur a Barcelona hay que agarrar el *Fede-rico García Lorca*. Vicenta conoce bien ese tren. Desde que ella y su familia dejaron Terrassa para volver a Cádiz en 1982, lo ha probado muchas veces. Es un tren imposible, eterno, indeseable. Vicenta cree que su hermana lo cogió para llegar hasta Barcelo-na. La llamó desde Granada la última vez que habló con ella.

Ahora yo lo tengo que tomar para lo de la *Non Fiction*, para se-guir a Il Viudo. Nos llevamos a la niña. Somos una joven parejita.

El *García Lorca* es incómodo y aburrido. Se repite en su inco-modidad. Craig lo sabía, pero no le quedaban los sesenta euros del vuelo más barato que había encontrado en la red. El *García Lorca* no es barato, aunque es posible sacar un asiento Barcelo-na-Castellón —veintidós euros— y continuar de extranjis por lo menos hasta Almería. En Villaricos el interventor lo echó a patadas.

Así que antes de enfilear el Levante, una llamada de Vicenta nos ordenó que interrumpiéramos el viaje. Craig la había llama-do preguntando por Marion y le había contado su desalojo del tren.

Recogimos a Craig en la estación de Villaricos. Le dimos de desayunar en el pueblo. Alquilamos un coche en Almería y nos entendimos por señas.

El pacto era que lo acercábamos hasta el motel de las afueras de la ciudad de Granada donde había quedado en encontrarse con Marion.

Se le daba bien la niña. Pudimos comprobar que el aserto de Vicenta era cierto. Sudaba a chorros pero exhalaba ese olor aséptico que expelle la gente bien criada venida a menos voluntariamente. Llevaba una especie de bandurria turca con la que durmió a la niña antes de llegar a El Ejido, al son de *Maruzzella*, la canción de Renato Carosone.

En la entrada de Granada le pedimos que cambiara de tema. *Maruzzella Maruzzè, t'he miso dint'a llucchie, 'o mare...* fue su única respuesta. Debía de ser el único tema que se sabía. O quizá lo único que sabía decir en cualquier lengua romance. Cuando Craig desapareció en el vestíbulo del motel, Il Viudo reclinó el asiento con intención de imitar a su hija. «Ahora, a esperar a que salga con Marion. Si aparece, me sacudes».

No esperaba que este tipo de imponderables formaran parte de la vida profesional de Il Viudo. El glamour del oficio se me deshizo como un polo tirado en el arcén de una gasolinera.

Todos los datos que recogí en aquella travesía han servido para hacer esta crónica. Si quieren saber cómo acabó nuestra historia, tendrán que esperar a que el Departamento de Literatura Inglesa de la Facultad de Filología apruebe y abra la matrícula del segundo seminario de *Non Fiction*.

O buscar en la hemeroteca virtual. Entradas: Marion, Robo, Motel. Hagan la prueba.

LA VIDA AFRICANA

El juego, no el esfuerzo, es lo que importa.

CHANTAL MAILLARD, *Filosofía en los días críticos*



Un pueblo que no va en metro.

Un pueblo que, sin embargo, quiere ir en metro.

En Kansas City, Estado de Kansas, Estados Unidos, vi una vez aparcado un Seat 1430 de color café con leche. Ahora vivo en otra ciudad pero el coche sigue ahí. Lo tengo en mi memoria. Me pertenece.

Hoy es 11 de agosto y hace quince años que nos conocemos. Yo tenía catorce y él veintiuno. Una distancia abisal. Como entre un zorzal y una ballena.

Esta mañana, en la Avenida Ocho de Marzo, Cerro del Águila, Sevilla, hemos reducido esa distancia al mínimo. Nos hemos besado con bolsas de plástico en las manos. Las manos muertas. Las manos no se besan.

Son las once y media de la mañana y la temperatura es de 36°. Y subiendo. Vista desde el sillín de la moto, la Avenida Ocho de Marzo podría ser cualquier avenida de Santa Mónica, California. En mi memoria le doy al *Guardar como...* Palmeras veloces. El aire en contra arde en los brazos y hace reverberar el asfalto: la auténtica flama de agosto.

Acto seguido, hemos guardado la moto en el local, soltado las bolsas encima de la mesa de la cocina y nos hemos acostado.

«Desde la cama, veo largas avenidas levantadas esperando la señal del tren correo». Cierro el libro, lo miro dormir y volvemos a empezar.

La relampagueante actividad que provoca un aviso de bomba. La fragilidad de un castillo de mondadientes.

Todo acaba de suceder en este cuarto, donde, como escribió Heinrich Böll, acabamos de reinventar el teorema de Pitágoras y la ley de la refracción de la luz por la cual todos —salvo los ciegos— vemos los colores.

Gran silencio interrogante. Quince años. Años mozos sin pan, el que nos correspondía.

«Líquenes bajo la piedra fueron hallados esta mañana después de que el primer mondadientes ardiendo diera acción al temporizador de la bomba casera encontrada en el vestíbulo de la estación. Lo primero que ardió fue el colchón de un vagabundo. Después, la estación al completo ha restallado en un destrozado inaudito. Veinte demoliciones juntas incidiendo sobre un mismo punto. Un túnel es una trampa».

Cerramos otra vez a tiempo el libro. El sudor corre como agua.

Ahora, comiendo algo y como hicieran los padres de Bergman en *Las mejores intenciones*, hablamos de los defectos. Tenemos que conocerlos para continuar con lo del pan y nuestra historia.

Yo, tomando el papel del padre, le hablo de mi confusión, de mi incapacidad para discernir en rango la importancia de los detalles y la idea principal de las cosas, de los hechos. Le hablo de orgullo, de pasividad y de inconsciencia.

Él no se muestra tan resuelto. Es normal, ni siquiera ha visto *Las mejores intenciones*. Me habla de una chica. Eso es más que un escollo.

Pero no todos los días se redescubre el teorema de Pitágoras.

—Se fue a vivir a Kansas City.

No sé si se refiere a la avenida o a la ciudad. Inmediatamente recuerdo el precioso coche color café.

LA VIDA LONDINENSE

A César

—Viene una vez al mes. Pero esto lo cambia todo.

No sé si se refiere a nuestro teorema o a la frecuencia con la que ve a su novia.

—¿Es tu novia?

—Lo ha sido.

Primer defecto: gusta de circunloquios. La imagino a ella conduciendo el Seat 1430 color café. Llega hasta la mismísima Avenida Ocho de Marzo, acelera bajo las palmeras, entrando a la ciudad desde el aeropuerto. Un desvío por obras le hace girar a la derecha, girar a la derecha, girar a la derecha.

—Necesito tiempo.

El tópico me hunde. Recuerdo el horror que conlleva la fórmula de los catetos, el horror de la evidencia. Pienso en Pitágoras obligando a escuchar el cielo a sus discípulos.

Me levanto, cojo las bolsas. Si llego antes de las tres, encontraré el bar abierto. Y con tiempo para emborracharme. Mi capacidad de ilusión es proporcional a cierta frialdad instantánea.

—¿Te acompaño?

—San Fernando está cortada, llegaré mejor andando.

Salto las macetas y salgo del local. Por fin se puede respirar. ¿En virtud de qué queremos acortar distancias a gran velocidad? ¿Quién necesita la cercanía forzada? ¿Para qué queremos llegar más rápido?

Lo que es cierto es que la hipotenusa es correcta. El problema queda ahí, sobre la mesa. Y la historia de las matemáticas no se olvida a causa de unas palmeras. En todo caso, las bolsas no pesan tanto y mi casa no está tan lejos.



Nosotras, mi hermana Emma y yo, nacimos justamente al comienzo del fin de la Historia. 1975. 1977.

Crecimos en el gueto del fin de la Historia, en inmuebles con techos de 2,5 metros de altura, casas donde la autopista, como una muralla defensiva, nos separaba de la ciudad y donde los bloques baratos se sucedían por grupos de variaciones nimias.

Las torres tenían siglas asignadas, muros de papel de fumar, suelos de terrazo, paredes empapeladas y más tarde rascadas para plasmar el gotelé, baños alicatados en serie de color verde, sepia o azul, cocinas funcionales y, en todos y cada uno de los salones-comedor, un ojo, ídolo y mascota al que entretener con nuestras miradas, el jefe de la tribu: la televisión. Ondeante y fiel, entrañable como un hogar crepitando en medio del ídem, distrayéndonos diligentemente y con eficacia, haciendo de nosotros un solo hombre, un solo niño que miraba hacia otro lado mientras se desenvolvía a la perfección el engranaje. 625 líneas de imaginación listas para ser consumidas.

Todos fuimos adiestrados para servir y ser servidos por el capital. Para perpetrar convenientemente el fin de la Historia. Para desempeñar al dedillo el programa evolutivo según el cual primero seríamos niños ahistóricos, después adolescentes ahistóricos, más tarde juvenones ahistóricos y por fin hombres y mujeres libres y capitalistas.

Deberíamos mover dinero, generarlo para luego gastarlo para después volverlo a obtener. Esa era nuestra misión, bien sencilla. Y el proyecto estaba escrito y el proyecto se cumplía.

Este es el fondo en el que, como tantos otros, Emma, mi her-

mana menor, y yo nos recortábamos como figuras. Hablo de la Ahistoria, de lo que sucedió justo antes de la destrucción imparable.

Hablo de inmensos descampados urbanizados sin tregua durante lustros y décadas. Hablo de colegios de ladrillo visto levantados en mitad de la nada. Hablo de parques artificiales, de plazas duras y sin sombra, de mercados sin tradición, de hileras de bares asignados por portal casi en proporción 1 a 1.

Hablo de ascensores-ataúd, de barandillas sin dibujos, de cuartos colectivos para bicicletas, de horizontes dibujados por repetidores de alta frecuencia.

Hablo de visitas al zoo, de tardes de domingo en la autopista de camino al campo, de pistas de tenis alquiladas por horas, de piscinas cubiertas con megafonía y eco, de kilos de espaguetis servidos en escudillas metálicas y con compartimentos, de guías de teléfono regaladas puerta por puerta donde, como en un truco de magia, aparecía el nombre de cada familia. Hablo de buzones idénticos con Gómez-García, González-Crespo, Jiménez-Blanco, de tardes completas sentados en un bordillo, de motos robadas, de chobolas en badenes, de casas prefabricadas donadas a gitanos, de vías muertas y charcos gigantes que, como partículas de carbono 14, desmentían el placebo de la Ahistoria para decirnos al oído «Pues no, niños, lo que veis ahora no siempre fue así».

Hablo de limas clavadas en el barro, de botellines comprados a los dieciséis, de excursiones a fábricas de galletas, de autobuses y metros atestados que como un tren correo nos depositaban en lo Otro, lo que no era nuestra zona, el incuestionable Centro Ciudad, donde, sin duda, sucedían, o al menos —así lo atestiguan las casas vetustas y los recodos irregulares formando plazas— habían sucedido otras cosas. Antes.

Se infiere que la Historia.

Pero la Historia estaba bien resguardada gracias a la autopista, los polideportivos y el cementerio. La Historia estaba callada

y los ángeles que ya no mirarían atrás —nuestros abuelos— también vivían en barrios periféricos. Una vez a la semana venían a buscarnos al colegio a Emma y a mí. Nos traían toneladas de cacahuets y nos pedían —curiosa demanda— que les dijésemos «algo» en inglés.

El inglés es la lengua de la Ahistoria.

Y ellos, ángeles del otro Tiempo, observaban nuestra pericia con los monosílabos onomatopéyicos como una cualidad natural y no como lo que era, una prueba del entrenamiento al que estábamos siendo sometidas.

Los ángeles —Tomás y Teresa, abuelos maternos— ya habían renunciado a cualquier tipo de reino en este mundo. Y el hecho de que en esa nueva zona de No-Historia se hablara otra lengua justificaba de algún modo el hecho de que nadie quisiera escucharlos a ellos, a los ángeles que, como bien se sabe, siempre pueden ser terribles.

Y eso que ellos, sin duda, tenían buenas historias en los bolsillos. Historias de días enteros sin televisión, por ejemplo. Sin radio. Sin autopistas. Sin comida, también.

Pero la ficción de nuestra inmortalidad y de que todo eso siempre había estado allí era tan potente, tan paulatina, tan efectiva, que todo intento de épica quedaba reducido al momento a anécdota de un lugar extraño, la Historia, y un tiempo superado donde todo había sido —es imposible imaginarlo de otro modo— en blanco y negro.

Mi hermana Emma nació exactamente el mismo día en que el famoso escritor barcelonés conocido por sus prácticas satánicas terminaba su primera novela en la ciudad de París: *La asesina ilustrada*.

Este hecho no me parece casual, aunque sólo puede explicarse en términos de casualidad.

En esos tiempos en los que se apuntalaba a nuestro alrededor el parque temático de la Normalidad —una normalidad, por otro lado, totalmente inaudita y bizarra consistente en repartir el tiempo entre la alimentación, el descanso, el trabajo o el colegio, y, sobre todo, en ir a comprar y ver la televisión—, existían otros lugares simultáneos a nuestra norma, donde había gente escribiendo libros, por ejemplo. Como buena normalidad inventada y validada por una inmensa mayoría, consistía en aventar la máquina del hábito en virtud de la obtención de un sentimiento de tiempo detenido. La abolición de la incertidumbre y el prurito de cumplir una misión: la sucesión idéntica de los años sobre el esquema temporal marcado por los cursos y las vacaciones consecutivas.

Pero esta historia, la historia de Emma, mi historia, viene a organizarse sobre el pliegue que todo sistema presuntamente ordenado presenta.

Es una historia de huecos, de grietas por las que escapar, de agujeros.

Si simultáneamente a nuestro Notiempo Satán escribía libros, eso significa que la Ahistoria tenía fallas. Que había corredores de comunicación entre el mundo paralizado de las aceras sucesivas y la Historia.

El proyecto tenía flecos y nosotras, no sé si aleatoriamente o en virtud de una probabilidad calculada también por la misma máquina, éramos dos de ellos y además, tampoco sé si fortuitamente o no, compartíamos la misma familia.

Emma sostiene que yo le hice señales para aterrizar aquí. Pero yo no quiero perder el tiempo discutiendo sobre lo improbable, si bien toda creencia que mi hermana defiende tiene para mí un enorme interés.

Que yo sea hermana de mi hermana y que ambas seamos hijas de nuestros padres es un hecho incontrovertible y que ignoro si forma parte de un plan trazado por alguien. Lo que es claro es que responde a un tipo de lógica.

Teníamos que nacer aquí y ayudarnos a encontrar el pliegue que nos sacara de la Ahistoria. Que nos devolviera al devenir, a lo informe, a la posibilidad de lo casual y lo porquesí.

Naceríamos entonces cuando halláramos el modo de cruzar definitivamente la autopista. Fingiríamos —como hizo Huckleberry— un asesinato, si era preciso. Había que abandonar la Ahistoria.

—Es fácil, coged el autobús. Os lleva al Centro.

No, no era tan fácil. Porque cuando uno se ha criado en un refugio al margen de la Historia, es tremendamente ignorante y no tiene absolutamente ninguna propuesta que hacerle al mundo.

Y el proyecto estaba escrito y el proyecto se cumplía. El proyecto existía y el proyecto se había cumplido.

Éramos seres totalmente equipados y, por lo demás, adiestrados en la comodidad, en parar nuestros relojes. Al igual que la incomodidad fomenta la inmediatez para ponerse en marcha con el fin de acabar con lo incómodo, nosotros vivíamos en el compás de espera de lo seguro, midiendo los años en períodos que iban de septiembre a julio. Este esquema planteaba escasas preguntas sobre nuestras vidas.

Nuestro campo de acción era poco, constreñido entre autobuses y casas paisaje.

Pero tenía que haber grietas.

Sólo a través de la música y los libros descubrimos Emma y yo el agujero por el que antes o después habríamos de deslizarnos.

Por ser yo la hermana mayor y, según Emma, la que me había encargado de atraerla a este mundo, he tenido siempre que ejercer el proverbial papel de dirigente, de alpinista aventajada que abre nuevas vías para cruzar los puentes y así permite que Emma se pierda despreocupadamente a intervalos irregulares para admirar el paisaje.

Pero yo esperaba a que Emma supiera también cuándo debíamos deslizarnos y caer al otro lado. Ya empezaba a cansarme de estar allí sentada con mi hermana a orillas de la autopista sin tener nada que hacer, así que cuando pasó el siguiente autobús con prisa, no me lo pensé. Me fijé en la foto de la publicidad lateral: unos conejitos blancos en fila anunciaban algo. Me monté. Emma ni se percató, lleva siglos leyendo ese libro sin ilustraciones que nunca comprenderé cómo puede engancharla. Pero yo lo hice.

Emma, contra todo pronóstico, se subió en el último momento.

Llegamos al Centro mientras Emma terminaba su libro: «Recuerdo que comenzó a llover y que esto dispersó un poco aquel grupo de gente y que entonces, alejada de ellos, alejada de su impertinente murmullo, y de aquel estupor que se reflejaba en todos sus comentarios, recobré la lucidez, seguí andando, ahora muy alejada de ellos, dominada por una morbosa curiosidad y riéndome a solas bajo la lluvia, prometiéndome a mí misma que, aunque sólo fuera para satisfacer mi curiosidad, y también mi vanidad, pasara lo que pasara, *La asesina ilustrada* seguiría, durante un tiempo, circulando».

Al otro lado del agujero empezó, por fin, la otra Historia.

Sólo porque está muerto, somos capaces de leer el pasado.

ENRIQUE VILA-MATAS, *Historia abreviada de la literatura portátil*

MEDIANA

Le dije: no me gusta la vida sin ti. Y la persona que fuimos recordó el aliento.

Volví.

LOLITA BOSCH, *La persona que fuimos*



Haciendo memoria, no recordaba haber mantenido muchas conversaciones con mi padre mirándole estrictamente a los ojos. Nuestras conversaciones siempre se daban en dos dimensiones, con la indefectible presencia de algunos testigos mudos como el televisor o las incesantes líneas blancas de la carretera o en su defecto túneles, rotondas y semáforos si circulábamos por la ciudad.

Por supuesto, con el acompañamiento siempre de ruidos y voces extrañas o familiares. El silencio no era una banda sonora que nos hubiera unido en ninguna circunstancia. Salvo ahora. Qué cómico.

Hay que estrellarse en medio de la carretera, salirse de la calzada, llevándose por delante una mediana, y descender cerca de un kilómetro (un cambio de rasante del 45% según los peritos que constataron el atestado presentado por el abogado) para poder conversar cara a cara con tu propio padre y en silencio.

También es cómico que lo primero que pensé al recuperar el conocimiento fue en llamar por teléfono a mi padre, como había hecho en no demasiadas pero suficientes ocasiones como para suponer un hábito en caso de situación de emergencia en mi mediada vida. Pero el señor Ruiz, mi superpapá, se hallaba a menos de tres metros de distancia de lo que ahora por continuidad conceptual debía seguir llamándose coche.

Al intentar articular un «papá» entré en contacto con una constelación de dolor que hasta ahora me había sido desconocida. Como si el sistema nervioso hubiera descubierto un nuevo territorio. Había que hacerle un hueco en el mapa, habría que, a partir de ahora, hacer hueco a un montón de violentas sensaciones.

Fue en vano que intenté alzar la voz. Opté por estirar el brazo y zarandear la hombrera de la camisa del padre que tenía más próxima. Recordé unas difusas nociones de primeros auxilios que se alojaban en el Pleistoceno de mi memoria. No zarandeéis a un herido. Podéis agravar su lesión o provocar una peor. Colocaos de rodillas a la altura de su tráquea y... ¡mierda!

Nadie daba por supuesto en las clases de socorro que el que hacía el papel de auxiliador podía tener las costillas hechas trizas o el omoplato clavado en el músculo, por no hablar de las piernas, que en ese preciso momento representaban para mí una zona perteneciente más al sueño que a la acción potencial.

En esas clases se suponía que tú ibas caminando por un territorio perteneciente a la nada —similar al de los dibujos del libro que regalaban al final del cursillo, patrocinado por la Consejería de Educación—. Tú ibas caminando por un horizonte de tinta y papel y de pronto encontrabas a un tipo desconocido —siempre en decúbito supino— con los brazos a lo largo del cuerpo, con una camisa ya de hecho entreabierta, el pelo corto y peinado y una laxitud indolora como la de un peluche gigante ganado en una feria.

Nadie te ponía en el supuesto de que cada movimiento del auxiliador costaba por lo menos un hondo afán de valentía y su consiguiente ahogado chillido con la letra a como tema principal. ¿A nadie se le había ocurrido dibujar «el amasijo de hierro» —esta imagen no era mía, provenía de las crónicas de accidentes a las que nos tenían acostumbrados los del telediario— que te separaba de una víctima que por añadidura era uno de tus seres más queridos y no un tipo perfectamente anónimo como los dibujados en el breviario de primeros auxilios?

Y si podía afirmar algo sobre mi estado era que tenía las piernas hechas polvo. Me dolían terriblemente. Al usar ese adjetivo en mi monólogo interior recordé a la encargada de la tienda en la que trabajaba, diciendo que esta o aquella prenda era terriblemente ponible o terriblemente *trendy*. El oxímoron se había instalado ahora entre mi pericia y mi dolor. No sentí ninguna de esas oleadas de coraje que todos los héroes relataban ante los

canutazos de los periodistas. No protagonicé ningún estado de excepción entre mi umbral de dolor y mi capacidad de actuar. Estaba consumida por un dolor que en su sola magnitud ya me tenía bastante ocupada. Era un imponderable del que no se hablaba en los cursillos, que nadie mencionaba en las narraciones de salvamento. Hasta las parturientas obviaban el dolor en sus relatos del puerperio. Los rastros de suciedad, espasmos y transformación en monstruo que las madres sufrían en toda sala de partos.

No era momento de pensar en esto, por rápido que lo hiciera. Tenía que conseguir que mi padre girara la cabeza, necesitaba contactar con una mirada directa con esas familiares retinas, saber que todo ese dolor tendría una sola justificación en algún momento, que se diluiría en un relato posterior del accidente: «Salvé a papá, nos salvamos». Nadie querría oír más adelante la crónica de sentir huesos astillados y cosas que instintivamente uno sabe que no pueden encontrarse en su sitio.

Reptar. Movimiento primitivo que yo había practicado según la crónica familiar hasta mediados los dos años. Repté de nuevo.

Cuando di toda la vuelta al cuerpo del padre comprobé que había algo más que vida en sus ojos. Había un terror prohibitivo para el estatus de un padre, una imagen que hizo anular todas y cada una de las imágenes anteriores que tenía asociadas al concepto papá, incluso la recientemente archivada «papá va camino de anciano», aquella en que su nuca anterior había sido sustituida por hombros cargados y vello blanquecino y su velocidad de crucero se había reducido unos metros por hora.

Papá iba camino de otra cosa. Ahora, papá había sufrido un golpe espectacular en el lado derecho de la cabeza pero mantenía una extraña sonrisa. Cerró los párpados extremadamente despacio al ver que me acercaba. Aparté el pelo empapado de sudor y sangre de uno de los lados de su frente. Eso sí que fue un gesto de terrible ternura.

Escucha, papá. Dime algo. Háblame. Estamos vivos. Todo ese mensaje contenido en los movimientos orquestados de unas fa-

langes sobre unos rizos escasos pasados por golpes y cristales.

Dijo «vale» unas doce veces seguidas. Él ya no podía cuidar de mí. Estaba claro que en aquella nueva situación que nos había tocado en suerte, la fatalidad me había repartido el papel de responsabilidad. Me daban ganas de protestar, como si hubiera un director de teatro dirigiendo la escena con una incompetencia flagrante. Pero no, es la ley de la selva. Una mujer de treinta años es más fuerte que un hombre de sesenta malherido, por muy cercano que sea el vínculo y aunque este haya estado basado en la protección unilateral del miembro de más edad.

Así que me lancé haciendo la croqueta con el ritmo rarísimo que mi dolor le imponía al tiempo. Todo se medía por las oleadas de alfileres que asolaban mi médula y me obligaban a parar con un nubarrón negro en la vista y las uñas clavándose en las calvas de hierba del terraplén en el que nos encontrábamos.

Mi objetivo era llegar a mi bolso, donde, ilusa, creía que debería de encontrar mi móvil. El guionista de este accidente había escondido la clave de la salvación y yo sólo tenía que encontrarla. Pero mi bolso estaba vacío. Sólo encontré una botella de agua completamente aplastada y un mechero con el estúpido logo de uno de los bares cercanos a mi tienda, una boina sobre la que se leía “Ricardo Desayunos”. Volví ya en estado de extenuación junto a mi padre y me tumbé boca arriba, muy estirada, sería pero amigable, esperando ser ahora atendida por uno de los muñequitos del tríptico de primeros auxilios. Pensé que si daba la pinta de herido fácil alguien se materializaría a mi lado como en los dibujos bajo los cuales decía *Fig. 1: Boca a boca*. Me entró la paz.

Mi padre empezó a hablar un poco más fuerte. Nos dio una especie de risa perezosa, una risa que, si no tuviera tantos reparos contra la adjetivación gratuita, calificaría de siniestra. La clásica mueca con sonido que se prolonga en el tiempo. Una de las favoritas de los actores televisivos. Yo tiraba más por la risa y mi padre más por el llanto, en un equilibrio que me pareció de lo más elegante en aquel momento.

Si había que morir, no estaba tan mal. A pleno sol, en una carretera comarcal de la provincia de Almería, junto a mi padre. El sudor le había empapado completamente la camisa. Desabotoné con pericia el cuello y le eché torpemente algo del agua ardiendo que aún albergaba la botella de plástico.

Se oía la chicharra incandescente típica del bosque de pino mediterráneo y soñé con una gran burbuja de aire acondicionado que cubriera todo el parque natural en el que nos encontrábamos. El padre se me dormía y eso no podía ser, pero a mí aquel sol me estaba quitando las dos barritas de fuerza que mi personaje ostentaba en esta pantalla tan tonta de la que, de momento, no podíamos salir. Sal de tu propio accidente. No te insoles, obvia el dolor inhumano, salva al papá, no te regodees en las imágenes y la certeza de la impotencia, no seas débil. Haz algo, no me jodas. Me soplabla mi mente con voz de actor de doblaje español, especializado en doblar a jóvenes negros del Bronx.

—Joder, joder. Mierda.

Consigo ponerme a cuatro patas tragándome los alaridos por deferencia a mi somnoliento compañero. Sacudo a papá, lo zarandeo de nuevo por los hombros. Se despierta y en una especie de ataque sincopado, se incorpora hasta quedar sentado formando una ele con su tronco y sus piernas y me dice: «¡Te voy a sacar de aquí, hija!». Mentira, papá no dice nada, papá se niega a reaccionar. Por más que lo agito. Le empiezo a hablar al oído con suavidad, en otra táctica. Me sonrío. Le digo que esta tarde es la final de la Eurocopa y que tenemos que volver, que nos están esperando para hacer la paella, que ha sido una gran tontería insistir en acercarnos a la gasolinera esa de mierda de la BP.

—¡Pero cómo van a tener azafrán en rama en una gasolinera de la BP!

Esto es un disparate. Tengo el pelo empapado en sudor. Apoyo las palmas en el suelo, ¡zas!, consigo incorporarme. Parece que me está adviniendo el estado típico de excepción de la heroína malherida. En este caso, ver a tu padre, moribundo,

ayuda. Te haces cargo y caminas. Inspeccionas la zona del bolso y encuentras el teléfono móvil. Tiene la pantalla completamente aplastada. Así resulta igual de anticuada que una pantalla de una Nintendo del año 83. Un lamparón de tinta bajo una pantalla gris rota en añicos.

Da igual, porque funciona. Tecleo y milagro. Un alivio indescriptible: una música enlatada me recibe como un coro de siete ángeles en un grupo de metales. Mi mensaje es el siguiente —me sorprende la capacidad sintáctica en semejante estado—: «Hemos tenido un accidente. Cerca de la gasolinera de la BP entre Agua Amarga y Almería. Nos hemos comido una mediana. Oigo un río. Estamos en un terraplén, bastante apartados de la carretera. Creo que mi padre está muy grave. Por favor, ¡que vengan! El sol nos va a matar».

No se puede describir el vínculo que se establece entre el herido y esa voz al otro lado. El hermanamiento es inmediato, fuera de toda intervención de la simpatía o las afinidades. Es una cuestión existencial, digna de estudio de la sección «filósofos de primera fila». Debe ser una de las relaciones más limpias que se pueden establecer con otro ser humano a lo largo de la vida. La cooperación pura.

La voz me pide que me mantenga al habla y yo pienso si podré mantenerme de pie mucho rato. Doy las últimas zancadas de lo que ha sido mi actuación en esta vida más cercana a la ciencia ficción. Me hincó de rodillas a pocos metros del padre y vuelvo a reptar con los codos. Reptar ahora me parece cómodo frente a mantener todo mi cuerpo erguido. Vuelvo a hablarle a papá de cómo he conseguido llamar a emergencias. Vienen a por nosotros. Van a venir. Me vuelvo a tumbar en decúbito supino, ya totalmente en paz, bajo la hojarasca iridiscente y quemada que nos sirve de lecho a mi padre y a mí.

Durante unos minutos no sabemos si esas agujas de pino serán lecho de muerte o simples camillas cautelares que nos llevarán a las manos que como tentáculos me imaginaba saliendo del teléfono: las manos de la voz que nos iba a salvar.

Todo estaba bien. Alguien sabía, aunque fuera lejos, que estábamos moribundos. Sabía de nuestra mala pata, de nuestro lugar en el mundo, aunque fuera el último. Me imaginé que vendría a por nosotros el actor que hacía de camillero del Samur en la serie de médicos de los jueves por la noche. Idiota. Fue lo último que pensé antes de empezar a oír los gritos que nos localizaban.

Y la sirena. Qué sirena. Por una vez, en ningún momento significa peligro.

SAN JUAN

También vivirás reformas en lo que a tus ilusiones y esperanzas se refiere. Tu imaginación y sensibilidad llegarán a sitios donde antes no llegaban y sentirás que tu conciencia se expande cada vez más.

Pronóstico del año 2008 para el signo de Acuario (*fragmento*)

A Alfredo, hermano



DESPACIO

A veces. Los días vienen marcados en los márgenes con una serie de tareas que nos alivian de cualquier peso relacionado con la elección. La libre elección abruma como una pesadilla.

Y hoy corre el aire. Qué más puedo hacer. O decir. En esta ciudad no hay lugar para el amor. Está todo quemado. Literalmente. Las aceras sueltan una especie de espuma seca e invisible.

Aun así, llegué a casa justo a tiempo para interceptar la carta de la clínica.

Era un sobre blanco, común. A través de una ventanita esmerilada se leía mi nombre en Arial cuerpo doce versales.

No era abultado, así que me asusté. El mensaje era escueto, cuánto más no sería comprometedor.

La secuencia se cortó en seco ante la llegada precipitada de Sebas. Volvía, como siempre, soltando improperios de su infecto lugar de trabajo al tiempo que me abrazaba y besaba como una medusa al acecho. Miré de reojo la botella de mezcal que lleva un año pudriéndose en la encimera y me imaginé apurando su contenido hasta deglutir el gusano.

Me descalcé y comencé una sobreactuada actividad frenética, buscando una excusa para librarme de Sebas y poder leer la carta. El corazón me batía —traduzco el verbo del inglés o del portugués, haciendo un calco semántico—.

De golpe se me ocurrió: «Haremos un gazpacho, Leo, como en esa película que tanto te gustaba».

El gazpacho letal.

Me puse a cortar tomates y pepino y pimiento. Antes de darle al botón rosa pálido de la batidora arrojé a tiempo dos Tranxilium convenientemente aplastados.

Llamaron a la puerta. Como en la película. No eran los de Telefónica sino mi vecina Adela, chillando a través de la puerta, como siempre, esta vez algo cercano a «la puerta del portal no cierra bien».

«Tener cuidado». Bien marcada la erre imperativa.

La despaché brevemente temiendo que mi elixir se cortara y en ese momento dieron las diez, según atestiguaban las campanas en canon de los tres campanarios que se oyen desde nuestra cocina. Dieron las treinta.

Me disculpé con una indisposición con el fin de no probar el gazpacho y me senté enfrente de Sebas, retorciéndome las manos como recordaba haber visto hacer a la actriz protagonista.

Se puso hasta los ojos el muy cochino y a las diez y catorce minutos estaba roncando exactamente como un ídem.

Le descalcé. Animalito.

Y me fui a la habitación con mi bolso y su ansiado contenido: mi carta.

Rasgué el insignificante sobre. Volvieron a llamar, esta vez por el telefonillo. Pensé que sería una equivocación. Lo ignoré. Al poco, de nuevo, con mayor insistencia. Ignorancia absoluta.

Me reacomodé en el sillón de orejas de terciopelo naranja que tanto gusta a Sebas. «Mi sitio en el mundo», dice a veces. Y no puedo, me siento incapaz de desvelar el contenido de la carta. Tengo los pies destrozados. No puedo con las sandalias nuevas, regalo de Sebas.

Y menos en esta ciudad de mierda, tan calurosísima. El calor acaba conmigo. Pienso de pronto en los veranos de mi ciudad natal. En el calor seco. Que no te tumba. Que no cae sobre ti como una tormenta.

Pienso en canciones.

«Hay lugares en los que he estado que no recuerdo, días y días de los que apenas no tengo un solo rastro. He estado buscando en fotos. En cajas y cajas. Ya no me dicen nada».

Me gustaría poder decir ese tipo de cosas en vez de las cosas que suelo decir. Me gustaría hablar en el tono de las canciones traducidas. Tan desapegado, lírico y poco afectado. Tan extraño.

Vuelvo al salón y escruto la estampa de mi marido babeando en el sofá marrón. No puedo evitar yuxtaponer su cara con la imagen de mí misma al volante del coche que me espera en el garaje. Ahí están las llaves, a medio salir de su pantalón caqui. Junto con algunas monedas. Cojo las llaves.

«¿Te acuerdas de cómo me querías? Una vez me dijiste que no había sitio para ti en mi cabeza enferma». Me gustaría decirle algo así.

¿Cómo consigue que toda la cadena de despropósitos mutuos parezca el resultado de mi sola neurosis? Y yo que creía que nos iría mejor en una nueva ciudad. Una nueva vida, una nueva escenografía, distinto atrezzo.

Pero el guion se repite, una y otra vez. Como en una serie mala, los esquemas de los equívocos y los desenlaces acaban pareciéndose. Demasiado previsible. La estructura parece repetirse con la lógica implacable que dispensara un software barato de comedias de situación, llamado *Plots*. O algo así.

Qué horror reducirte a ser contrincante en esta vida.

«Cuando renunciamos a sufrir. Cuando renunciamos a sentir».

Últimamente, llamarme igual que la futura heredera de la corona de este país no me ayuda en nada. Leonor.

Esto lo pienso al ver mi nombre impreso —mi nombre completo, que nadie usa— sobre la copia de la ecografía que contiene el sobre. Es una ecografía como todas las demás. Un guisante de color blanco que flota en mitad de una marea informática de color negro.

«Sobreponte, Leo —me digo—. Eso es tu hijo. Eso es un bebé».

No. Fue un accidente, un guiño socarrón desde el planeta ameba que rige la perpetuación de la especie, donde las crisis de pareja no son computadas como atenuante. Esto es un desajuste fatal entre la lógica de la descendencia y la concienzuda secuencia de nuestras equivocaciones.

Una absoluta catástrofe en la materia prima de «lo nuestro», Sebastián.

Vuelvo a ser la dueña del secreto. Me quedan apenas días para que mi barriga sea ya inequívocamente un embarazo. Todos piensan que simplemente estoy más «gordita». «Se dejó ir». «Demasiada cerveza». «La edad».

Está oscureciendo y tengo miedo. Yo también me angustio al anochecer. Yo también floto en una masa negra con rayas de color blanco y latidos amplificadas. Me tengo que ir, Sebastián. Mañana es sábado y de nuevo no tendremos ganas de nada. No queremos salir a «dar un paseo». Eso es lo que acaba haciendo todo el mundo, ¿no? Dar un paseo. Si no das un paseo es que algo va mal. Si no «te da un poco el aire» eres un poco anormal. Eso dijo la vecina, hace poco. O al menos a eso aspiraba, eso pretendía comunicar cuando me comentó que me encontraba «realmente pálida».

Mi vecina es la actriz episódica de esta nueva serie en la que vivimos desde que nos trasladamos de ciudad y cambiaron los

guionistas de algunas de nuestras tramas. Protagonistas de una serie de canal autonómico. Así es como me siento. «Vamos a tener un hijo. Sebastián». Ya se lo he dicho. Se lo he dicho. Así no vale, Leo, está dormido. Está drogado, para ser más exactos. ¿Podríamos empezar de nuevo? «Me has dicho tantas veces lo mismo, mientras yo te miraba fijamente, como si intentara ver a través de tus hombros. Mis sentimientos han cambiado. ¿Qué puedo hacer para que te quedes donde estabas dentro de mí? ¿Quién puede empezar de nuevo?», Estoy aquí sentada, habiendo drogado a mi marido como vi hacer en una película, con un «fruto no deseado en mi vientre» al que irremediable y automáticamente he comenzado a adorar sobre todas las cosas. De pronto.

Y estoy atemorizada. Oh, venga, cállate. ¿Quién está atemorizado? Aquí en mi país, donde la futura reina de golpe llevará mi nombre, la gente no está atemorizada. Tiene miedo, se acojona. Pero nunca está atemorizada. No todo se puede traducir. Tengo mucho miedo. Eso sí dice la gente, mientras se derrumba. La cara se le derrumba justo antes de echarse a llorar y el interlocutor puede sentir verdadera tentación de soltar una carcajada al ver semejante desfiguración.

Huyendo. Estoy huyendo pero conmigo llevo al bebé. La ecografía está interceptada, el marido está dormido, el coche está en el garaje.

¿Qué se lleva una para huir de un hogar? Me miro los pies y avanzo. Pies, piernas, tronco, cabeza. Dejo las sandalias nuevas donde están. Cierro la bolsa.

No sé qué coño pasa en la escalera. No para de subir y bajar gente.

Otra vez el telefonillo.

Lo descuelgo por miedo a que despierten a Sebastián.

Por curiosidad y cometiendo un error trágico, saco la cabeza a través de uno de los vanos del salón para ver quién llama. Dos

chicos con unos litros en la mano me sonríen. Meto la cabeza volando pero uno de los tipos ya ha preguntado por «la casa de Juan Carlos». Me imagino lo peor. ¡Una fiesta en casa de Juan Carlos! ¡Mierda! Ju-an-Car-los, San-Ju-an. Una fiesta de San Juan en la azotea de mi casa. Casi al momento suena el timbre.

—¡Leo! ¡Leo! ¡Sebas!— en la peli de Carmen Maura también había vecinos impertinentes y decisivos para el desarrollo y posterior desenlace de la historia.

—¡Leo! ¡Ábreme! ¡Que sé que estás ahí!

¿Por qué la gente se empeña en resultar intuitiva?

Mirilla: el anfitrión. Antes de abrir, bufo a la vez que me miro en el espejo de la entrada. Verdaderamente desesperada.

—¡Felicidades, tesoro!

—Mi heredera y su consorte no pueden faltar a mi onomástica.

Lo de onomástica me hace gracia.

—Tenemos otra fiesta, corazón. Fuera de la ciudad. Pero te lo agradezco.

—Un ratito nada más.

—Venga, un ratito. Pero Sebas está muy cansado.

—Los heteros siempre estáis cansados. Será porque tenéis el sexo en casa.

Réplica basura, digna de teleserie española. Risas enlatadas.

—Ahora subo.

Detrás del sofá mi maletita aguardando. Ajajá. ¡Aguardando! Mis pensamientos comienzan a parecer líneas de telefilm

de sobremesa doblado. Recojo la bolsa, pero antes de abrir la puerta final cometo mi segundo error trágico: miro por última vez a Sebastián. No sé lo que estoy haciendo. Pero voy a por ello. Me siento en el sillón naranja otra vez. Por un momento tengo una tentación *Cinco horas con Mario* de soltarle así todo de un golpe, como si ese papel estuviera escrito y no tuviera más que meterme hasta el final y desaparecer en él. Pero no, sólo veo a Sebastián cuajado en el sofá.

Leo y Sebas. Sebas y Leo.

Todo ese tiempo. Como si nuestros nombres se hubieran insertado en una canción de once minutos que se ha repetido una y otra vez estos últimos años. De principio a fin. Una pista interminable.

Y ahora sólo queda un miedo incansable tipo domingo por la tarde. Un vacío, vértigo.

«Fíjate en todo ese domingo que nos ha llegado a rodear, asfixiante, detrás de ti, Sebas. Tú también lo tienes que detestar. Tengo un presentimiento, Sebastián. Después de pasarlo fatal, dentro de un tiempo nos va a inundar un alivio balsámico, un descanso de no estar en este tapiz constante de frustración interminable. Nuditos y nudos de desaliento. Fíjate lo que tenemos por delante». No sé de dónde me he podido sacar la imagen del tapiz.

«Corre, Leo, corre».

Suena el timbre. ¿Ha sonado antes? Creo que sí, tengo esa vaga certeza. ¿Podría escaparme por la ventana? No, me verían saltar por el patio todos esos invitados estúpidos de la recepción real.

Por la mirilla. Es la pesada de Adela, otra vez. Adela, la bella, siempre impecable. Y yo tengo que volar de aquí como sea. Ya no puedo quedarme más.

«Yo quiero vivir, con amor, con mi gente abajito del sol». Eso es lo que oigo atronando nada más abrir la puerta de mi piso. «¡Yo te digo que no! Si no quieres no»... Vuelvo a cerrar instintivamente. Adela lleva unos cirios enormes en las manos. Parece la misma caricatura del horror. Una mujer de punta en blanco con un cirio a cada lado esperando a la puerta de tu hogar. Me recompongo.

—Dime.

—Que Javi y yo subimos ya. ¿No venís? ¿Y Sebas?

Hay escenas que parecen escritas por el guionista principiante.

La gente no es buena. No te ve, no se hace cargo de nada.

—No sé si vamos a salir.

—Anda ya. Traeros música, ¿vale?

Al cerrar pienso que Sebastián y yo hace ya tiempo que no conocemos «nada nuevo» de música. Escucho nuevos entrecorchos de botellas desde abajo, en el callejón. Más gente. Despertarán a Sebastián. Y le sacarán de golpe del domingo eterno.

¿Sabrán ellos que nos va tan mal? ¿Habrán oído nuestras broncas regulares? Obviamente. Pero ¿no es considerada una dosis de violencia en la pareja contemporánea, «casi diríamos sana»?

Qué me importa. Cuando dudo pienso en el hijo. No sé por qué pero actúa como borrador de toda la maraña de fantasmagoría adulta. Hay un reino al que él no pertenece. En verdad, es que él aún no es de este mundo, por lo tanto es su reino el que no nos pertenece. Es un mensajero de algo más real que todos nuestros espejismos. El hijo, además, está, nunca mejor dicho, de mi parte. No estoy sola. Escucho la fiesta amortiguada a través de los tabiques. Estoy sola. Tengo a mi hijo y mi maleta. Y a un marido dormido. Me lo he cargado todo.

A veces me pregunto: «¿En qué momento pegué el volantazo?».

Escucho al homenajeador dar órdenes como un reyezuelo en su comarca. Sus súbditos se ríen. Salgo con la maleta y consigo entrar en el ascensor sin que me sorprenda ninguno de los compatriotas de la fiesta.

Presiono el botón del -1 de nuestro cuadro de mandos de ascensor.

«Mi amor, ya estoy fuera. No me lo puedo creer». No sé muy bien si hablo con el hijo o con el padre.

La máquina se detiene en el primero con el tintineo que acompaña cualquier tipo de anuncio macabro. Es Hortensia, la vecina del primero. Se muestra encantada de verme.

Primera mirada a mi pequeña bolsa de deporte.

—¿Te vas? Os estamos esperando.

—¿Subes? Yo voy al garaje.

—Te acompaño.

—Tenemos otra fiesta.

—Esquirola.

—¿Subes o bajas?

—¿Sebas no viene?

—Venga, voy a subir a darle un beso a Juan Carlos, que ya se lo he dado, pero bueno.

—Y te tomas una caipirinha, tonta.

—Sí, para conducir, ideal.

—¿Dónde está Sebas?

—Cansado.

Por suerte, nos diluimos enseguida en la masa de la azotea, ¡en plena oscuridad! Adela se encarga de encender las velas. Casi parece la oficiante de un rito satánico. Todo el mundo parece silueteado, apenas hay caras. Me siento como Rosemary y su semilla. ¿Dónde podría dejar mi bolsa? Voy a esconderla debajo de la mesa de las bebidas. Nuestro rey ha puesto un mantelillo de papel lo suficientemente largo para que nadie más haga preguntas. Pienso en cuánto tiempo tardará Sebas en despertarse. Proponen un brindis en honor al rey.

—Leonor, heredera, tú aquí, conmigo.

«La luna rosa sigue su curso. Y nadie llegará tan lejos. La luna rosa nos alcanzará a todos. Porque es una luna rosa.»

Me gustaría decir algo así.

Y marcharme.

PRIMAVERAS EXQUISITAS



lege re

Y los dos hombres quedaron ligados indisolublemente en mi memoria como si fueran una única persona.

La memoria, único catálogo de vida al que podemos recurrir. Con toda la confianza implícita que merece la ficción.

Al primer hombre, que llamaremos C., lo había conocido un año y medio antes. Me lo había presentado mi primo la noche de Reyes del primer año después de mi cambio de ciudad. Estábamos en el bar, yo tenía turno de noche y la cosa se presentaba más que animada. Aprecié que C. tenía un ojo de cada color. Como Bowie, también era guapo. Mi primer recuerdo de C. es detrás de una barra, sonriendo triunfal.

Al segundo, que llamaremos J., lo empecé a identificar después de otra fiesta. Una fiesta de arquitectos. Su cara me había resultado familiar. En el camino de vuelta, aunque iba haciendo eses, me vino la lucidez. Era uno de los vecinos de la Plaza de San Marcos, donde yo tenía costumbre de desayunar. Él pasaba ratos muertos observando la plaza, los mismos que yo desayunando. Salía despeinado y sin camisa y se mantenía con los brazos estirados sobre la barandilla del balcón. Tiempo después de la fiesta nos empezamos a saludar por la calle. También tenía una buena sonrisa.

Cuando consigo echar a la gente del bar y bajar el último cierre, la sonrisa de su amigo y mi primo me esperan en el bar de enfrente con un botellín en la mano. Por la calle cruza Emilio, uno de los clientes más apuestos del bar. Me saluda y mi primo confirma lo bella que es la gente «aquí abajo» —ellos y yo misma somos catetos oriundos del centro excéntrico de nuestro mapa: Madrid—. Les cuento una historia que me sé de Emilio.

Esta mañana han venido él, el Moro y el Toro —estos nombres son reales, tan reales como mi memoria—.

Han llegado escalonadamente. Esto es, que se han encontrado, no es que hubieran quedado para verse ni nada por el estilo. Emilio le comenta al Toro que lo llamó el sábado porque estaba intrigado con «lo que había dicho exactamente la doctora». El Toro responde tajante: «Pues un paro, tío, un paro cardíaco». Siguen desayunando, untan sus mantequillas, su tomate y sus mermeladas respectivas. El Moro es un testigo silencioso.

Tengo que decir que la semana pasada, dos de estos sujetos, Emilio y el Toro, vinieron a desayunar al bar con claro aspecto de no haberse acostado. Pero fue extraño. Se podía deducir eso, que no se habían acostado, pero no se podía afirmar que vinieran de marcha. Hicieron gala de una intimidad rara. Se hubiera dicho que el Toro, de alguna manera, cuidaba fríamente de Emilio. Pero, en un momento dado, Emilio se levantó y se marchó con un lacónico «Yo me retiro». Un apretón de manos y fuera.

Emilio vuelve a las andadas. «Pero ¿cómo fue? Cuéntamelo bien». Y el Toro cuenta lo siguiente, con detalles objetivos debido a la presencia del Moro: «Este —por Emilio— y yo no nos conocíamos. Nos conocimos aquel día. Después de toda la noche de pasote, va y le empieza a entrar como un ataque epiléptico. Acto seguido se va al suelo. Totalmente rígido. Yo cogí y te metí dos piñas en el pecho. Te levantaste como una cuarta del suelo y entonces te llevé a urgencias del Macarena».

Silencio. Siguen comiendo. «Pues vaya manera de conocer», apostilla el Moro. En la segunda ronda de café tampoco han bromeado sobre el suceso. Ni siquiera un poco. Se ve que Emilio está trastornado por lo que pasó la semana pasada, pero no exterioriza, al menos verbalmente. Se va al servicio.

El Toro le confiesa al Moro que lo que le parece más increíble es cómo este tío —por Emilio— se mete lo que se mete sabiendo que es epiléptico.

Vuelve Emilio. Siguen desayunando comentando otros asuntos con menos implicación personal.

A mi primo y su amigo, como a cualquiera, les parece una historia afásica. Y muy masculina. Después, el amigo de mi primo habla de *El Rey se muere*, una obra que ha visto en Madrid, y sonríe más. Tomamos cervezas sucesivas hasta que nos echan de La Alameda. Ellos siguen al día siguiente viaje hasta casa.

Por la mañana desayunamos en San Marcos. Un largo desayuno al sol. No es un tópico, es una posibilidad. Mi primo no puede creer este sol de enero ni la elasticidad del tiempo.

—Aquí el tiempo está a nuestro servicio. Y no al revés —me explico.

—En Madrid el tiempo te aniquila, siempre gana, ya sea por K.O. técnico o por decisión del árbitro —contesta él.

Nos movemos.

Su coche está aparcado al lado de la estatua de Manolo Caracol. Mi casa, en la dirección contraria. Justo antes de separarnos aparece J., el segundo hombre, el del balcón de la Plaza de San Marcos. Va con una chica. Una que casualmente también desayunó ayer en el bar. Sola. Un poco después que Emilio y los otros dos.

Mi primo y su amigo estudian arquitectura.

Y entonces ha sido cuando los dos hombres —el amigo de mi primo y el chico de San Marcos— quedan pegados en la memoria casi sin mi intervención. Sólo por el productivo método de la yuxtaposición de imágenes. El recuerdo del amigo de mi primo tiene irremediablemente la cara del chico de la Plaza de San Marcos. O al revés. El problema es que no sé muy bien qué cara ha elegido mi memoria, porque ya no he vuelto a ver a ninguno de los dos. C. vive en Madrid y J. ya no sale nunca por el balcón. Debe estar en Berlín. Los arquitectos siempre van a Berlín. Pero estamos en Sevilla y ha empezado a llover.

Ionesco, Eugène. Emigró de Rumania para trabajar en un almacén en el París de los años cuarenta. Por las tardes montaba *La cantante calva*. El día del estreno invitó a su capataz. Podemos imaginar su estupor. Pero aquella locura enterneció a Pierre, el capataz. Desde ese día, cada vez que el joven Eugène volvía de un recado, le apostillaba un «A ver, Eugène, déjame ver si sigues teniendo un ojo de cada color». Semejante chascarrillo sólo se lo permitía Pierre con Eugène. Dentro de una vida absolutamente lineal —vida es igual a percepción—, Pierre había encontrado la grieta, la famosa grieta por la que mirar otros mundos, o el mismo mundo pero de otra manera.

Eugène dejó pronto el almacén para dedicarse en exclusiva a escribir. Era feliz pero pasaba frío. Emilio, el bello joven epiléptico, me dijo ayer que era pintor, que pintaba cuadros abstractos y que sudaba mucho pintando los cuadros. Pasaba mucho calor.

Ahora que conozco bien las primaveras de las dos ciudades —Sevilla y Madrid—, no sé por cuál optar. Sevilla en primavera está inauditamente poblada por las noches, gente elegante cruza las avenidas, violentamente el cirio llena el aire, el cirio y la flor, la flor y el cirio en una pelea prolongada. Los días son interminables y la luz, como siempre, cegadora.

Madrid, en cambio, simplemente se desenvuelve y se desafloja. Tiene los mejores atardeceres y las noches más grandes, en tiempo y en espacio.

Bien: primaveras exquisitas ambas, en todo caso. Anoche volví de Madrid.

Me encuentro una Sevilla asombrosamente concurrida para ser de madrugada. No. Precisamente por eso. Todavía se me olvida y me sorprende el despliegue de nazarenos. Me estoy tratando de interesar por este tema pero vuelvo a tener ganas de salir corriendo.

¿Quién me presta una escalera para encontrar la salida? Llego a casa prácticamente a empujones. Desde el salón a oscuras y

junto al póster de la bomba atómica, escucho la noche. Las marchas se entrecruzan y huele a cirio y a casa cerrada.

Como parece inviable dormir, vuelvo a las calles.

Los dueños del bar de abajo son dos cuñados exactamente iguales.

La historia no escrita del barrio dice que por eso se hicieron cuñados, por su parecido físico extraordinario. Si alguna vez te cruzaras con alguien llamativamente parecido a ti, no creo que fuera posible quedar indiferente. Si además resulta que te conviertes en amigo suyo, la novedad adquiere dimensiones importantes. Si tú y tu doble os enamoráis de dos hermanas, tu vida cobrará definitivamente un sentido.

El orden, que es la primera y la más eficaz de las ficciones, se instalará en tu vida. Podrás tomar distancia y ponerte en lugar de otro —encarnando la jugada de buscar «lo común» y «lo parecido», que es lo que más textura moral da al género humano— con más facilidad que aquel que jamás vio su sombra en otro replicante, ni siquiera en sus hermanos, por no tenerlos o por pertenecer a esa clase de hermanos embarazosamente antagonicos.

Los cuñados de mi bar son por tanto un canto a la humanidad, un sosiego, un modelo en el que echar amarras: son partidarios de lo similar, por lo tanto, de lo más dispar a la luz de su propia cercanía. La igualdad, segunda gran ficción necesaria: hija por lo demás del orden.

El orden requiere que dos cosas sucesivas o similares que guardan un patrón rítmico, cualquiera que sea este, se repitan formando una serie. Ya sea una hilera de casas o dos cuñados muy, muy parecidos. Donde hay similitud —simulación de igualdad— hay orden. Donde hay orden puede haber virtud.

Todo esto lo pienso en la esquina de un bar atestado de gente, bien mediada la madrugada. Van todos muy bien vestidos y con

sillas plegables en las manos. Unas sillas que sólo venden los chinos. Van de procesión en procesión —los sevillanos, no los chinos—, tomando cubatas, oyendo la radio, buscando su esquina favorita donde dará la vuelta perfecta el paso. La ciudad repleta y en movimiento.

Yo, de momento, atrapada en pleno centro, puedo ver amanecer acompañada desde esta mesa. Me quedaría aquí lo que queda de noche y lo que queda de abril.

MANO DE SANTO

*Nada te ata a una biografía cosmopolita,
sin embargo,
Madrid ahora es una ciudad suspendida
en un amplio bosque inmóvil.*

VIRGINIA VILLAPLANA, *Zona de Intensidades*



Ahora lo hago como ellos. Pido media tostada o entera. Tres hendiduras en diagonal en la miga tostada. Vierto aceite generosa y basculo la mano para que la cosa se empape uniformemente.

Describiendo un círculo, la sal sobre la tostada. Restriego el tomate.

Y desayuno.

Al principio nadie entendía por qué me había mudado de ciudad.

«Lo normal es trasladarse al lugar de donde tú vienes».

La lógica radial de nuestro país es acabar allí —al menos pasar alguna temporada, siquiera coquetear con una huida en esa dirección—.

—Mira —Ceci dibuja nuestro mapa con el boli azul en el mantel de papel color naranja pálido. Todas las líneas confluyen en el centro—. Incluso desde aquí —señala Cataluña— se considera todo un reto tener éxito en el centro. ¿Te has fijado que todas las giras acaban en Madrid?

Ceci es actriz. La conocí al poco de llegar a Sevilla. Nos conocimos en un curso de dramaturgia para actores. Ahora tiene un hijo que se llama Mario. Es mi «ahijado civil». En cinco años, Ceci y yo nos hemos convertido en treintañeras. Buenas amigas y treintañeras. Nuestras caderas ensanchan, las «líneas de expresión» en torno a la boca son más notorias, algunas tonterías que nos importaban se han disuelto y ahora nos preocupan, por el contrario, nuevas cuestiones.

Cuando nos conocimos, yo dije que era escritora y ella dijo que era actriz. Ahora yo digo que soy librera y ella dice que trabaja en una productora.

Estamos desayunando en la Plaza de San Marcos. Esta noche me he quedado con Mario. Por la mañana, lo he llevado a la guardería y he esperado a Ceci en la terraza del bar León, para desayunar y devolverle la bici y las cosas de Mario.

Ceci ha pasado su primera noche fuera desde que nació Mario y su primera noche con un tío desde que se separó en septiembre del año pasado. Es cuatro de marzo y la ciudad ya ha entrado en el delirio del azahar que explota al volver cada esquina.

—La ciudad ya está en esa especie de síndrome premensual previo a la Semana Santa, ¿no?

Ceci se ríe con la boca llena de pan y jamón serrano.

Se acercan dos señoras con un pelo inverosímilmente enlacado, cruzan cerca de nuestra mesa, en dirección a San Luis de los Franceses.

—Pero ¿cómo es la cosa? La gente va recorriendo las iglesias hasta que llega el Domingo de Ramos y luego...

La cara de Ceci se ensombrece. Retira un poco el plato de su tostada. No sé si se ha atragantado.

—¿Qué día es hoy?

—Cuatro, creo. Lunes.

—Hostia puta. El máster.

Ceci lleva dos cursos haciendo un máster de Gestión Cultural. Pagó la matrícula de golpe con parte de lo que sacó de su boda con Felipe. Dice que sola, con un hijo y sin dinero, es imposible ser actriz. Lo que no entiendo es por qué, si empezó el máster

antes de separarse, la variable «sola» ya formaba parte de su decisión de orientar su carrera hacia la gestión cultural.

¿Cuántas actrices, cantantes, músicos hay trabajando en la industria cultural? ¿Cuántas escritoras hay empleadas en cada editorial? ¿Cuántas bailarinas hay impartiendo módulos en el máster de Gestión Cultural de Ceci?

—¿Qué pasa?

—Esta tarde tengo grupo de máster y se me había olvidado.

—¿Tenías que entregar algo?

—No. Pero no tengo con quién dejar a Mario.

En un momento pienso en mi ejemplar de *Pedro Páramo* a la mitad, abierto boca abajo sobre la mesa del salón, esperándome, y en cómo mi maravillosa tarde de lunes libre se me está convirtiendo en un paseo con Mario por la orilla del río.

—¿Tu madre?

—Está en Sanlúcar. Cris trabaja y mi hermano está hoy en Granada.

—¿Y Felipe?

—Está en Valencia. Tocando.

Pienso en la determinación que ha tenido Felipe para ser sólo músico. ¿Tendrá que ver la cobertura que siempre le dio Ceci para llevar a cabo su vocación?

—En fin, que me toca, ¿no?

Le canto, imitando a Juanita Reina: «Madrina, por dentro jardín de espinas, por fuera carita de rosa». Ceci vuelve a reírse. Recupera el plato de su tostada entera con jamón y tomate, mientras me mira, ladea la cabeza y se muerde el labio de abajo.

Se parece a Tristán, el perro de peluche que sólo quería un amiguito.

—Gracias, amiga.

Antes de irse al «grupo de máster», Ceci y yo intercambiamos las llaves de los candados de nuestras bicis. Aquí dicen amarrar la bici. Yo siempre he dicho atar, o como mucho candar la bici. El andaluz está lleno de arcaísmos. O así me lo parece a mí. A los seis meses de venir a vivir a Sevilla, me dieron una beca para ir a estudiar a Buenos Aires. A la vuelta empecé a ver conexiones entre el castellano de América y el que se habla en Sevilla. Pensé en barcos saliendo de la Torre de La Plata cargados de palabras. O volviendo.

La bici de Ceci tiene una sillita detrás del sillín para llevar a Mario. Mientras espero a que Mario se despierte de la siesta, voy rumiando mi pequeño enfado conmigo misma. «¿Cómo voy a convertirme en escritora si no paro de estar siempre disponible para los demás? ¿Y a mí quién me ayuda a hacer de mi deseo una rutina?». Últimamente estoy un poco aislada, de todas formas. Pienso que ayudar un poco a mi amiga y a mi «ahijado», con el que ya he contraído una serie de obligaciones no escritas, no me va a quitar de las manos el Nobel de Literatura y de paso me saca un poco de mi opción estilista. Pero hoy era mi único día libre en la librería. Los lunes libro. Libro de libros. Trabajar en la librería de un teatro puede ser muy aburrido. Si no hay trabajo pendiente, me limito a hacer tiempo durante la función hasta el descanso, si hay descanso. Si no, hasta el final. No puedo leer, porque no me concentro. No puedo entrar a ver las obras porque lo tengo prohibido. Por no hablar de los inconvenientes para mi socialización que provoca trabajar de noche y los fines de semana.

Así que no trabajar los lunes es casi la única parte buena de trabajar en la librería de un teatro. ¿Cuándo exactamente y cómo gana la dependienta de la librería la partida entre la escritora y la necesitada de nómina? La nómina, esa marca de clase que me recuerda que provengo de un barrio de Madrid y no de

una cierta aristocracia literaria. La conciencia de clase. ¿Pagará mi piso la vocación? Más bien al revés.

Mario se despierta con los ojos empañados por el sueño y está como borracho. De pie en la cuna, el pañal le pesa dos kilos. Se queda pegado a mi regazo un buen rato mientras le cuento nuevas aventuras de Langosta Loca que me voy inventando sobre la marcha. Langosta Loca es un personaje que me inventé para él y que hasta tiene sus propias canciones. Mario se queda quieto, como rumiando el final del sueño. Desprende un calor de carbón humano y una ternura pegajosa, igual que su nuca empapada de sudor. Ya se me ha pasado el enfado. Esta ternura parece más cortada a mi medida que el esfuerzo infinito y la disciplina férrea que me convertirían en escritora.

Mario tiene talento para la ternura, como todos los niños. Yo tengo talento para la escritura, pero el talento sin trabajo sólo me llevará a la repetición de las cuatro piruetas que nunca me ha costado hacer, que se me dan bien. Sin trabajo no pasará la barrera de la pirueta.

Mario se separa de mí, ya ha vuelto a su vida de abrir cajones, espachurrar hojas de revistas y caerse una y otra vez sobre su pañal ya limpio.

Merendamos fruta diseminada para trona y babero y nos vamos a la calle con la bici. En realidad, me da un poco de miedo llegar hasta el carril bici con Mario detrás, pero tengo que hacerlo, así es la vida de los cuidadores: obligados una y otra vez a correr riesgos sobre un tercero que depende de ellos.

A la orilla del río hay un parque muy concurrido con columpios luminosos y ergonómicos. Ato la bici a un árbol cerca de un banco. Siento a Mario en la arena y sacudo a su lado una bolsa de malla que tiene un cubo, una pala y un cangrejo de goma que me recuerda a una peli de Disney que nunca pude acabar de ver. Mario está feliz, me mira con ojos de corriente eléctrica. Le da subidón el parque. En esta hora tan redonda en medio de todo,

como suspendida, con luz todavía alta, peste a azahar podrido y jalones de viento fresco, a mí también.

Pienso que este momento merece aparecer por lo menos en uno de los relatos que tengo por escribir. Intento guardar en mi memoria todos los matices: el griterío, el sonido seco de los zapatos sobre la gravilla, el parloteo de los padres que, de pie o sentados en los bancos, forman un anillo de protección en torno al arenero.

Mario está comiendo tierra. Corro a detenerle, mi relato mental tendrá que esperar.

Son las seis de la tarde y el mundo parece haberse confabulado en este parque para mostrarme una cara de la vida que merece la pena, lejos de mis diatribas de librera que quiere ser escritora.

Hay unas cuantas madres jóvenes, un par de chicas ecuatorianas o bolivianas, algunos abuelos y también padres, pero el predominio es de mujeres. Las mujeres mantienen a punto esta Alegría de Parque que funciona como una reserva natural de la biosfera de las personas futuras. Rebusco en el bolso mientras intento memorizar la frase para un próximo relato de parque. Se me ha olvidado la libreta.

El sol empieza a bajar en sombras rojas contra el río, los árboles se recortan y el agua se va convirtiendo en un Tetris de placas plateadas. El olor a río me hace acordarme de mis veranos de niña madrileña en el Sur. Para Mario lo exótico será el olor a metro, las multitudes de la Gran Vía o las barcas del Retiro. Seguro que acaba por allí una temporada buscándose la vida, quizá lo haga a la misma edad que tengo yo ahora, que ando aquí perdida en el Sur sin saber lo que busco. Enredándome en compromisos en mis tardes libres, en ese tiempo que les había prometido a mis relatos.

Los niños se van marchando. Mario no quiere soltar un objeto de color naranja, que creo recordar que no es suyo. Me dirijo hacia él y hacia el niño que llora a su lado; voy diciendo en

alto: «Mario». No sé si voy a optar por la hiperexplicación de la propiedad privada o por el tirón seco que haga alejar su manita del juguete que no es suyo. Mi tirón decidido sorprende a Mario, quien, inopinadamente, acaricia la carita del niño que seriamente agarra ya su cubo naranja con las dos manos. Las reacciones de los niños son tan caprichosas como las nuestras, sólo que ellos no las suavizan constantemente con los patrones de cortesía.

Llegamos a casa molidos. Nadie sabe lo que cansa un niño. Como dicen aquí: «Una peoná». Me empiezo a cabrear de nuevo conmigo misma. Voy a empezar la semana cansada y me tendré que dedicar a recuperarme en el tiempo que me quede libre. La treintena marca el comienzo del fin de la energía ilimitada, esa que acaba de escenificar Mario en toda su plenitud de correteos por todos y cada uno de los columpios del parque.

No sé si tengo que bañarlo o debo esperar a Ceci. Ellas siempre quieren «al menos» bañar a los niños. El baño tiene efectos terapéuticos sobre la endémica culpa de las madres trabajadoras, estudiantes o ambas cosas. Decido esperar. Como ya no sé qué hacer con Mario, hago una cosa muy cutre. Ya no doy para crear más historias de Langosta Loca y creo que incluso Mario preferirá una actividad pasiva, donde podamos prescindir del amaneramiento de la casi siempre asparentosa comunicación que se establece entre bebé y adulto.

Pongo un DVD de SmartKids, una cinta de animación y música clásica que, según el texto de la carátula, incentiva la sinapsis de la inteligencia creadora. Creo que más bien incentiva la posibilidad de hacer la cena o cambiarse de ropa sabiendo que tu niño no se moverá del sitio.

En efecto, la sucesión de estas imágenes encadenadas tiene efecto hipnótico. Sobre una melodía en vibráfono de lo que parece Bach, pasan suavemente imágenes de delfines, cascadas y niños de la edad de Mario chapoteando en el agua.

Mario da muestras de identificación con unos cachorros de cebra que se bañan en un charco gigante del Serengeti. Yo tam-

bién. Justo después de ver cómo unos niños muy rubios caen a cámara lenta por el tobogán de un parque acuático, suenan las llaves de Ceci y la puerta. Mario lo deja todo y sale dando tumbos por el pasillo a recibir a su madre.

Cierro los ojos y pienso que a mí lo que me encantaría es estar en Comala, aunque fuera a través de un vídeo. Mario vuelve al salón de la mano de una Ceci también rendida.

—Te acaba de llamar Santi, Ceci. Parece muy majo.

Ceci, en vez de majo, dirá lindo.

—Es súper lindo.

Como decían en Buenos Aires.

Nos ponemos a dar saltitos en círculos como dos idiotas y chillando: «¡Santi, uh-uh-uh, Santi!». Reminiscencias de la veintena. Mario nos mira atónito y cuando le miramos, se ríe forzosamente. Carcajada social.

Todavía son las nueve, pienso que quizá me puede dar tiempo a terminar mi *Pedro Páramo* abandonado boca abajo en casa. La despedida en abrazo de Mario me recompensa todo mi tiempo supuestamente perdido. Esa mirada de Langosta Loca es mano de santo para mi eterna desorientación.

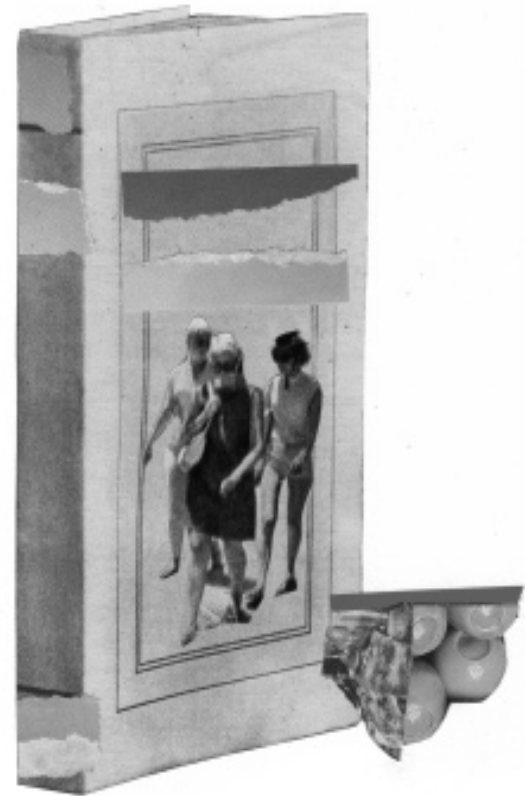
Me llevo sin darme cuenta la bici de Ceci. Mañana me tocará volver a cambiársela a la salida de la guardería. Espero que Ceci me convide a una cervecita en un velador al solito.

Yo, por mi parte, me dejaré invitar a una caña en una terraza al sol.

AHORA

*Me gusta tenerte a mi lado
como si pudiera ser normal que estemos juntos.*

LEOPOLDO ALAS



El primer año íbamos sólo por la tarde. Después de la siesta cogíamos el sombrero. Todavía los caminos eran de tierra y, hasta llegar a la playa, jugábamos a tirarnos agua con una botella de plástico que nos había esperado en el frigorífico durante el día. Las gotitas describían elipses entre nosotros, primero en el aire —como en esa foto de Bruce Nauman— y luego en la tierra, oscureciendo el camino blanquecino.

El perro que ladra todas las veces que pasamos. Los avestruces de la finca de la esquina, incomprensibles. El depósito de agua de sonido infernal. Los contenedores repletos que no dan abasto en lo más alto de la temporada alta.

Pero a mitad del sendero que serpea surge la posibilidad de Irlanda en pleno Cádiz. Justo después de un repecho, te das de frente con Mangueta. En Mangueta no hay duchas, no hay bar, no hay aparcamiento, no hay caminos de listas de madera que eviten la arena ardiente que hace siempre saltar ridículamente al humano. Mangueta es lo más África que queda en la costa que va de Chiclana a Bolonia.

Al fondo, a la izquierda, el faro de Trafalgar, a la derecha, el espigón de Conil, detrás, un pinar inmenso y acotado, pero, sobre todo y en aplastante ventaja, delante: el mar. Pelado, salvaje, insistente y atronador. Enfrente de él pasábamos ratos infinitos viendo estirarse el tiempo tonto del verano. Calibrando sombras sobre la toalla. «Aún queda un poco para volver antes de que se oscurezca del todo».

La playa inmensa, parca en belleza amanerada, sin la elegancia de El Palmar ni la comodidad de Los Caños, nos servía, para-

dómicamente, de escondite. Después de un baño atlántico, la sal te cubría en un minuto regalándote, como a Eurídice, un postizo vestido de escamas. Volvemos a casa caminando hacia atrás. Por el espectáculo rojo, merece la pena correr el riesgo. Al cerrar los ojos, el balonazo del sol te retumbará por dentro y te acompañará ya toda la noche.

El segundo año nos asfaltaron los carriles. Nuestro amor iba más rápido, como los coches que ya no avisan al pasar por tu lado en la carretera del camping.

Comer a las cuatro. Gazpacho, la proverbial tortilla de patatas de Luis, melón con jamón, uvas (cuando en invierno probábamos algo rico decíamos «Sabe a Zahora»). Los libros. Dormitar. Esperar a que pase el tiempo en el jardín. Jugar con los gatos, regar unos setos, llegar hasta la tienda a comprar agua embotellada, echar una partida de lo que sea. Y todavía queda luz y todavía queda tiempo. Leer otro poco. Esperar un poco más. Al final, el atardecer, inverosímil, nos alcanza. El primer sorbo de la cerveza. Todos se van convirtiendo en momentos fetiche que se mantendrán iluminados en la palma apretada del curso que se avecina.

El tercer verano llegamos arrastrando desgaste. Alguien, en una broma involuntaria, me había regalado justo antes de irnos el libro de Frédéric Beigbeder, *El amor dura tres años*. Decidí echarlo en la maleta en el último momento. Las novelas llenas de arena estaban en el listado de cosas buenas que habíamos elaborado juntos nada más conocernos.

Uno de los pocos días que no discutimos ese verano, nos encontramos en el Sajorami con Alberto, un amigo de Sevilla. Casualmente, se estaba quedando con su novio en una casa de nuestro mismo carril. Brindamos por nuestra vecindad y su presencia actuó como actúan a veces las terceras personas frente a la pareja, como la ventana abierta que ventila una habitación cargadísima.

Nos invitó a cenar a su casa. Lo primero que hizo al llegar fue enseñarnos una caja de cartón con dos cachorros Scottex —no

entendiendo nada de razas de perro—. Su novio nos contó cómo habían aparecido la mañana anterior en la puerta de la casa, así en esa misma caja. De momento, pasarían el verano con ellos, pero no sabían qué harían con ellos después. Les habían puesto de nombre, provisionalmente, Fox y Curra. Mientras ellos preparaban la cena, nosotros nos encandilamos de los perritos. Jugamos con ellos hasta que empezamos a cenar. Alberto nos preguntó que por qué no nos los quedábamos y nos los llevábamos a Sevilla en septiembre. Sonreímos, sobre todo por la idea de que alguien nos percibiera con tanto porvenir como para meter en nuestra casa a dos cachorros. Nuestra casa quemada.

Con una sola mirada que diluyó la sonrisa supimos que la idea era casi tan descabellada como el hecho de que siguiéramos juntos. Vimos una peli después de cenar y yo me quedé dormida. Volvimos a casa. Cuando me estaba terminando la novela de Beigbeder eran las cuatro menos cuarto. Completamente desvelada, me levanté y me dirigí al armario de las herramientas.

Cogí una linterna. Me puse una chaqueta y, con una toalla al hombro, cerré la puerta de la casa y entré en otro de los secretos de Zahora: la oscuridad total y el silencio. Sólo se escuchaba el retumbar de los bajos de la discoteca de la carretera de Vejer. Al pasar por casa de Alberto vi luz. Me acerqué pero, al pegar mis manos y después la cara al cristal de una de las ventanas, me di cuenta de que sólo se trataba de una lámpara encendida que habían dejado al lado de la caja de los cachorros.

Me alejé de la casa y al ir a salir de la parcela vi la bici de Alberto apoyada en la fosa séptica del jardín. No me pude resistir. La dinamo me dio la compañía justa que buscaba. El carril de Mangueta estaba ya a esa altura de mes cubierto otra vez de tierra. El perro de siempre ladró. Mi miedo creciente disimulaba un poco el pellizco que me había dejado el final de la novela. Necesitaba que la playa, aunque sólo fuera el sonido de las olas del agua negra, me lavase el malestar. Pensé que al llegar a Mangueta seguiría pedaleando hasta quitarme el miedo, pero la rueda de delante se encalló nada más entrar en la arena. Tiré la bici de costado y salí corriendo para continuar acelerando el

corazón. Me propuse esperar hasta ver el amanecer. Ya clareaba cuando me tumbé sobre la toalla, me hice un ovillo y me quedé dormida.

Llorar, como trabajar, cansa.

Y cuando desperté, Mangueta todavía estaba allí.

Parfraseando a La Faraona: Si me queréis, no vayáis. O al menos, no vayáis mucho. O no demasiado. Que nuestra obsesión por acomodar el medio a nuestras necesidades no se cargue la última estrofa de esta canción: «Ahora, en Zahora, todo me sabe a Roma». Quería escribir amor, pero me resulta demasiado cursi: opto por el palíndromo.

Nuestra historia terminó como un día se modifican los paisajes. De golpe y para siempre. Pero en la palma apretada de nuestras vidas por separado, todavía, ahora, nos queda Zahora. También rima. Brindo de paso por el viento de Levante, nuestro superhéroe protector de todos los sabores de la costa de Cádiz.

El que lo probó, lo sabe.

BIENVENIDOS AL SUROESTE

Un mapa de la reedición hecho de verbos, lugares y gente

También es una búsqueda de la autocrítica, de ser consciente de lo que implica ser un/a creador/a: cuál es tu espera, cuál es tu lugar, cuál es tu repercusión, independientemente de que tengas mucha o poca visibilidad. Ellas son conscientes de que han hecho el libro que han sabido hacer. Podía haber estado mejor, podía haber estado peor, pero en ese momento es ése.

Momu & No Es como las Hermanas Monoritz
(*Tales of Wonder Site*)

Mira, ¿ves esa tienda? Ahí venden trucos de magia. Sólo una vez que los has pagado, te llevan a la trastienda y te los explican. Por ejemplo, descuartizar a la chica puede costar hasta un millón de pesetas.

Joana Brabo, al pasar delante de El Rey de la Magia, calle Princesa, 11, Barcelona.

1. CAME. EL VERBO LLEGAR. EN PASADO. EL LUGAR

Haber llegado. Al *hameau* de Came. Un *hameau* son tres casas más o menos desperdigadas en medio del campo. Entre medias, cultivos. Algún huerto particular. Gallinas Orpington. Una cabrita, dos chuchos y un husky siberiano de color blanco. Una pedanía, una aldea. Hameau de Came, pedanía de Terraube, departamento del Gers. La conocida históricamente como región de la Gasconia. Famosa por el armagnac, el foie, los melones, los campos de trigo y por haber sido la cuna de D'Artagnan. Llegar a Came desde Sevilla. Un domingo. La casa vacía. Los enseres en un guardamuebles de una nave industrial. Hecha la mudanza. Las despedidas. Llorar. Eco en la casa vacía. Pequeña borrachera. Pizza fría. Comer y dormir en casa de tu mejor amiga hasta el día en que vas a coger el tren definitivo. Desde el callejón Amapola, donde vives, donde vivías, hasta las amapolas de Came, que no saldrán aún hasta finales de abril. En medio, un taxi que te lleva a Santa Justa, el tren, un coche que te recoge junto a las cabezonas de Antonio López. Una comida familiar. Una lanzadera a Barajas. Un avión hasta Toulouse. Turbulencias. Lees *Ahora, escribo* de Lolita Bosch en el avión. Un coche te recoge en Toulouse. Un coche amigo. Una hora y media por carretera. Autopista hasta la L'Isle-Jourdain, curvas y camino comarcal desde Mauvezin hasta Came. To Came, el paisaje, *éttourdissant*. Amarillo latente bajo las heladas del primer día de marzo. Sigue a la liebre. Llegas a tu habitación. Descansas. Ya has llegado. Las cosas que por separado no tienen sentido, se reagrupan en la memoria formando una historia. Así funciona la ficción. Haber llegado. Uf.

Una vez un personaje me confesó que iba a tomar café a la estación de Santa Justa cuando apretaba la morriña madrileña. Una tontería necesaria. En este libro hay personas que van y vienen de un lugar a otro, que basculan entre Norte y Sur. No lo diré mejor de lo que ya lo he dicho, así que no me repito, pero, como decía Arthur Cravan: «Me levanto londinense y me acuesto asiático». En este libro, a veces, pasa lo mismo.

2. CAME ABOUT. DESANDAR LO ANDADO

1. Tener lugar, suceder.

¿Cómo ha sucedido? No tengo ni idea de cómo ha sucedido esto. De cómo he llegado a este formato de reedición de *EL SUR*. Otra vez y nada más. Y nada menos. Volver a decir: esto vale y lo quiero compartir bajo la idea libro. Bien. Sucedió así: llegué hasta Came, con la idea de elaborar una segunda parte de *EL SUR: instrucciones de uso*. *EL SUR* se publicó en 2009 con una editorial, más que independiente, unipersonal. *EL SUR* era prácticamente su único fondo. Un libro unicatálogo. Bien. Muchas vicisitudes acontecieron a las distintas minitiradas de *EL SUR*, que en sí mismas constituían nuevas ediciones, porque no eran sólo reimpressiones. Eran ediciones corregidas. De esto se infiere que la primera edición era un rosario de erratas y errores editoriales. La quinta y última también. Fue un proceso encantador. Lo digo sin acritud. Hay amigas que tienen las cinco ediciones alineadas en su estantería. Eso es lealtad. Vale. Quise hacer otra colección de relatos. No sé por qué no se me ocurre probar suerte mandando manuscritos a las editoriales. ¿Quizá porque vengo del teatro, donde aprendí que primero se montan las obras y luego se busca el dinero? En el *off* editorial me temo que pasa igual. No se te ocurre buscar un productor por adelantado. ¿Debería? Sí, lo eché de menos. Sobre todo el criterio, la distancia y el mimo. Que te cuiden es lo mejor, da igual en qué ámbito. Que alguien te ofrezca el concepto y la sensación de casa, cobijo, techo. Que espere tu

trabajo al otro lado. En un «al otro lado». Pues no, también esto era una prueba de infinita autosuficiencia. Tenía que autocobijarme, no sé todavía en virtud de qué rito de paso personal. Sucede que llegué con esa idea. Pasaron, como siempre, otras cosas.

REGIÓN DEL GERS, FRANCIA

De sudoeste a sudoeste. Ese sur es un norte respecto al anterior sur, que a su vez es un noroeste respecto a otro sudoeste, como podría ser Sevilla respecto a, sin ir más lejos, Essaouira (Marruecos), que a su vez es el noroeste de otro sudoeste que si siguiéramos fielmente la infinitud esférica del globo acabaría siendo un noroeste de la propia región del Gers, en el supuesto sudoeste francés. Pero esa lógica absurda no se da, así que, sí, estamos al noroeste de un sudoeste, lo cual siempre constituye otro sudoeste. Conclusión, el mito del Sur es rotativo y opera con la misma fuerza respecto al mito del Norte, igualmente portátil. Aunque se demostrara algún día que todo es infinito y que el tiempo y el espacio no existen, nosotros seguiríamos agarrándonos a un traje regional que contuviera nuestras señas. De acuerdo. Identidades. En este sudoeste, y no en el otro, creí que encontraría la escritura. Pero la escritura, como la vida, no es una bola de cristal, pequeña y compacta, con una casita en el interior sacudida eventualmente por una nieve segura y artificial. No hay un lugar en el que se pueda escribir mejor que en otro. La hierba del vecino, no, nunca es más verde. De pronto, la Red, como espacio de intersección entre los puntos distantes del mapa parecía lo único, paradójicamente, que ofrecía la posibilidad de un arraigo. Lo primero, al llegar, abrir un blog. Acampa antes aquí arriba que en el hábito de aquí abajo. Di: «He llegado». Estoy. Pero no estoy. Estoy acampada en la obsesión.

Dicen que el blog ha muerto (Tao Lin), que es taaan 2003 (Petite Claudine), pero yo es la mejor forma que conozco (ahora que estoy en trámites de abandonar el FB) de organizar la información que me sirve. El blog ha muerto, ¡viva el blog! (Fragmento de un post del blog *Entorno* de posibilidades. Sin fecha.)

3. CAME BACK. VOLVER Y NO MORIRTE

1. Regresar. 2. Recuperar un estatus anterior. 3. Dar una respuesta rápida, especialmente ingeniosa.

Aceptar una invitación y saber que te estás desviando completamente del camino. Aceptar conscientemente el error, de antemano. Equivocarte mejor. Y que el error sea tu ensayo. Que marque un hito. Que cambie el paradigma y la manera de hacer las cosas. Este punto es importante. No quiero pecar de elíptica (tendencia). Así que contaré las cosas como si hubieran pasado en un sueño.

Estoy prácticamente recién llegada al Gers. Tratando de organizar mi escenografía post-romántica de encierro creativo. Pero hay un accidente en la maquinaria llamado *wi-fi* que infecta cada uno de los montículos del mapa trazado. El 14 de marzo recibo un mensaje de Sofía Coca. Tenemos una propuesta. Y esa propuesta cambia mis planes. Terror. El 19 de marzo nace una niña, bajo el signo de una cosa a la que los científicos de *Nature* denominan Super Full Moon. El 22 de marzo estoy de vuelta en Madrid. Anne me ha llevado al aeropuerto en coche. Por el camino hemos comido un bocadillo delicioso y yo he derramado la fanta de naranja por el suelo del copiloto. Paso en Madrid una semana, conozco a la pequeña Jimena y cojo el tren dirección Sevilla. Llevo días escribiendo mil ideas en cascada en un Word que cada vez se parece más a un loop-pesadilla. Ideas que sólo se compondrán un minuto antes de empezar la dinámica propuesta en el taller de radio que ha montado Zemos98 y al que ha invitado a otra gente y a mí. Vértigo.

Son cinco días de ritmo de ideas disparado. Una manera de hacer las cosas diferente. Descontrol planificado, buscado conscientemente para provocar una autoorganización. Aparcamos las certezas pedagógicas, pisamos el vacío, abandonamos los estatus. Nadie enseña a nadie sino todas a todos. Nos pasan cosas. Como grupo y como individuos. Elena Cabrera, Sofía, Juanlu Sánchez, Jessica Romero, Paloma Sanz, Sayak Valencia, Clara Piazuelo, Olga Beca, Felipe G. Gil, Rubén Díaz, Benito, Pedro, Diego y Julieta. ¡Basta! Dejen de ser absolutamente interesantes

y majos en todo momento. No puedo procesar tanto cariño directo a la sinapsis. Y para rematar, aparece Carolina León la última noche y a chillidos, entre cervezas, conseguimos hablar del prólogo que ella firmará un mes después y que da comienzo a este libro.

Cinco días, una pequeña vida. Una mutación. Se producen proceso y resultados. Se producen alteraciones de código. Se produce amor. Se produce conocimiento. La leche. Qué exagerada. He vuelto. Y no he muerto. Ahora soy un microbio y tengo hambre.

“Dale a tu cuerpo alegría. Para eso está tu cuerpo. Alegría, Macarena”.

Espaldamaceta canta *Macarena* en el patio del Colegio Huerta de Santa Marina, 13 Festival Zemos98, Sevilla.

INTERIOR DEL LIBRO CÓDIGO FUENTE

¿Se acepta el interior de un libro como lugar? Pregunto, en términos de geolocalización. Porque hay libros en los que se cae y ya no se puede salir. En este encontré un postfacio-postludio del que robé en parte el nombre y la estructura para este texto que ahora lees. Su autor, Felipe G. Gil, es el escritor que más me ha sorprendido y estimulado en estos últimos meses. Leí a Carrión, a Bosch, a Cebrián. Hago cosas por la literatura. Básicamente, leo. Pero a Felipe no lo encontrarás en ninguna casa editorial canónica. Tampoco independiente. Crea ficción. Pero desde otros lugares y con otros procedimientos. ¿Puede seguirse arrogando el mundo editorial el patrimonio absoluto de la literatura «original»?

Abundando en esta idea. Otra de las mejores cosas que leí (visualmente) este año fue la narración documental *Las cosas no salieron como esperábamos*, de José Luis de Vicente. Hacía tiempo que no me contaban historias tan buenas. Me sumergí. Y a la vez pensaba. Estaba drogada pero estaba despierta. Esto me lleva a pensar en etiquetas: hipertexto, tecnoliteratura, transnarrativas.

Términos. Bueno. Vale. Yo hablo de bucear, de perder el sentido del tiempo y el espacio al hilo de unas palabras-imágenes. De aguantar la respiración. De poder escribir en el *add your location* de tu localizador mental: estoy dentro de una buena historia.

Hay momentos de mapeo y momentos de exploración. Yo andaba en plena exploración analógica y caí de boca en una web de mapas digitales. Encontré literatura fuera de la literatura. Encontré libros que son puntos de partida y no sólo destinos con estilo. Textos trenzados a base de pedazos con notas explícitas. Refugios de tránsito. Que no aspiran a la consumación de la autoría sino al desarrollo de la narración, como acción colectiva. Encontré lugares. Vi. Escuché. Leí.

4. CAME OUT. REVELACIÓN ÍNTIMA DE LAS COSAS

1. Quitarse. 2. Mostrarse, publicarse, estrenarse, resultar. 3. Decir algo repentinamente. 4. Hacer que un producto esté disponible a la venta.

El color especial. Así se iba a llamar la continuación de EL SUR. O así lo repetía yo a todo el que preguntaba qué era lo que iba a hacer en Came. Porque cuando no tienes editor ni perrito que te ladre sólo te queda repetir las cosas para creerte que son verdad y que ya están empezando a suceder, que llegarás a hacerlas. Que tú puedes ser tu propia casa. Pues eso. Llegué aquí con la idea de hacer otro libro. Una segunda colección de relatos. El HDD lleno de carpetas que se van ordenando. Una cama que visito poco, salvo para las siestas. Las noches se hacen cortas. Y los cuentos, el primer borrador de selección, la carpeta que decía *El color especial* y su estructura empiezan a revelarse de pronto como un *ratatouille* o pisto manchego hecho de buenas intenciones y comienzos sobrevalorados. Empiezo a descartar y después de mucha renuncia constato dos cosas: una, no me puedo permitir hacer una chapuza de libro con esquejes de disco duro insertados con calzador para dar lugar a un volumen, y dos, me va a llevar mucho más tiempo del que creía escribir esa segunda parte. Escribir unos cuantos

buenos relatos cuya agrupación tenga un sentido. Y pasármelo bien haciéndolo. Ese es el fin último. Pero no se puede forzar el ritmo. Las letras se revelarán desde la nada. Los cuadernos se irán llenando. Pero eso es trabajo de campo. La siembra, la recogida, la espera. Escribo conmigo, más bien contra mí misma, a cuatro manos. Renuncio pues a hacer la nueva colección de relatos, pesco un cuento, lo pego al PDF de la última versión de *EL SUR* (pienso en mis amigos y en todos los anteriores lectores de *EL SUR*, además de una mejor edición, se merecen un texto inédito). Decido. Reeditaremos *EL SUR*. Partamos desde aquí. La posibilidad de editar el pasado, de volver sobre lo ya hecho, de rebobinar. Para algo de todo esto sirve la ficción.

BAR VIRIATO, CALLE AVE MARÍA, MADRID

Después de muchos mails divertidos. Conversaciones con el corrector. Nadie sabe lo que puede un corrector. Lo que se le debe a un corrector. Correctores que avisan de lagunas en los árboles genealógicos de las novelas río. Notifican al autor que un personaje zombie ha vuelto a casa. Acusan el más mínimo detalle sintáctico como una cuestión moral. Vaya calaña. Adorable corrector. Traga el pincho de butifarra sin apenas saborearlo, tal es la cantidad de grasa que contiene la tapa. Pero nos reímos. Con las cervezas y muchas historias de conocidos por revisar. Un corrector, aviso, es alguien que te puede salvar la vida.

5. CAME ALONG

1. Avanzar en pos de un objetivo; progresar. 2. Seguir a alguien que toma la delantera. 3. Exponerse, aparecer.

Post del blog *Entorno de posibilidades*. Sin fecha.

La vida analógica de la escritura

Desde aquí puedo ver a Kevin rastrillando su terreno.

Me gusta la gente devota, que se dedica a algo con devoción. Al final es a la que suelo encontrar más respetable (en el sentido de envidiable, respeto a la gente que envidio, que se respeta a sí misma, que encuentra su propia actividad en algún momento envidiable). El interés y la devoción por las actividades, las personas y las cosas.

Kevin rastrilla con devoción su huerto. La escritora no piensa (los personajes piensan). Esto no tiene nada que ver con Kevin pero sí con las malas hierbas que acosan a los cuentos.

Kevin ha plantado semillas en un terreno irregular, no especialmente bonito. Un terreno simplemente vivo y apto para plantar. Algunas salen y otras no. Si salen dos en un mismo tiesto hay que trasplantarlas por separado para que tengan espacio para crecer. Y no sólo hacia arriba sino hacia abajo. Visible e invisiblemente.

Todo esto me recuerda mucho a cómo nacen las historias. Cortar la hierba, extender la paja, procurar la humedad y saber esperar estando alerta.

Kevin cuida su jardín. Algo parecido a lo que yo hago aquí, rastrillando, parándome a pensar, apartando la hierba mala, sudando con las palabras, agachándome a ver lo que crece y lo que se pudre. Apartando lo que no vale. Sintiéndome feliz y cansada al final del día.

La simpleza (no digo «la sencillez» adrede, que contamina) del campo. Nada que ver con lo bucólico. Todo que ver con la belleza.

DÖNER KEBAB, CALLE DOCTOR CORTEZO, MADRID

Encuentro con el collagista. Entre los dos tenemos doce euros. Compartimos, durante el tiempo que dura la sección de deportes del Telediario-1, un menú falafel, una ración de humus y una fanta de naranja *king size*. Concentrándonos en el portátil, manchados de salsa de yogur, vemos que cada cuento necesita un collage específico. Que sólo pueda ser el suyo. Desechamos los que yo escogí al azar, sólo por rebonitos pero sin relación con lo contado en cada caso. La idea de ilustrar, de que lo ilustrado re-signifique lo contado. En algunos mails ya había aparecido esa

idea. Las imágenes, que ilustren cuentos. Que cuenten junto a ellos. Que ellos ya no se puedan entender sin ellas.

6. CAME ACROSS

1. Encontrar por casualidad. 2. Slang: a. Hacer lo que se quiere. b. Pagar lo que está estipulado. 3. Dar una impresión.

Came está entre dos pueblos: Bajonnette y La Sauvetat. En el garaje hay una bicicleta cromada y a veces salgo a pasear. Todo el día conmigo, fluctuando. Abandonada la idea de escribir aquí la segunda colección de relatos, que, a pesar de estar aparcada, ya tiene estructura, tiene doce títulos, tiene tres cuentos escritos que, al menos, me dan la impresión de merecer la pena. “La pena” es igual a trabajo. Al tiempo invertido y al esfuerzo de la concentración (también el plusvalor de cada cuento contiene las horas empleadas en la lectura). Sigo corrigiendo *EL SUR*, pongo el equipo en marcha: la gente, todas las personas que van pasando por la reedición dejan su huella clara, su marca, su señal. Y ahora este libro no se entiende sino como la suma de todas esas señales.

CAFETERÍA DEL C. S. LA TABACALERA, EMBAJADORES, MADRID

Cervezas con la prologuista. Vengo andando desde la calle Segovia. Se me olvida que Madrid cansa mucho más que Sevilla. Llego rendida. Carolina llega guapísima. Su trabajo es impecable, así que, apenas unas puntualizaciones, y nos entregamos a la cerveza y la charla. Tenemos mil temas que se encadenan. Intercambiamos, como *dealer* y cliente, nuestros documentos, libros y pistas para nuevas cosas. Nos despedimos. Ganas de más.

7. CAME ROUND

1. Volver a la consciencia. Despertar de la anestesia.

Post del blog *Entorno de posibilidades*. Sin fechar.

UNA SEMANA SIN ESCRIBIR

«Trabajar y trabajar cada día como si fuera el último de tu vida».

Joyce Carol Oates, entrevista, revista Paisajes,
Alvia Barcelona-Valencia.

Mono. Obsesión. Soy más infeliz que escribiendo. Me lo paso peor. Me falta algo. Me río menos. Hago menos caso a los demás porque casi siempre ando ausente. Pensando en la obsesión. Cosas irracionales, gente que no existe. Compulsiones, ideas, palabras-frases. Así no se puede vivir. Hay que escribir. Escribir cualquier cosa que no dirías pero de un modo en el que siempre lo podrías decir. Obligatoria.

Estoy lejos de CASA. Lejos de escribir. Lejos de la casa de Came. Fantasías diurnas.

PLAZA ALLADA VERMELL, BARRIO DEL BORNE, BARCELONA

Las palmeras de la plaza se cuelan hasta el piso de Joana. Joana las deja estar, y como con todo aquel que pasa por su casa, baila con ellas. Nos reunimos, el libro, Joana, Quim y yo. Ellos tienen *EL SUR* en sus respectivos macs. Lo exploran, lo mueven de arriba abajo, lo miran sin contenido literario, le dan forma, también lo leen, entre líneas. Quieren hacer familia estética con todos los elementos que subyacen y están en la superficie; cada cosa: la tipografía, la portada, el tipo de papel, la contra. Que todo haga familia. Que dé gusto agarrar el libro. Piden presupuesto a los impresores. Le hablan al oído al libro cuando yo no miro. O le dan un cachete para que espabile. Lo hacen físico, lo bajan de las nubes. Lo han traído hasta aquí, hasta este momento en que tú lees esto, doblas el libro por sus costuras, te tumbas en la cama, lo manchas con café. Lo sigues leyendo, en gran parte, gracias a ellos.

8. CAME DOWN TO

1. Llegar a una conclusión final.

El final. Un antiguo mapa de Came, que en *patois*, la lengua de los antiguos gascones, significa pierna. El camino que te lleva hasta casa tiene forma de pierna. Y sólo se puede hacer caminando. Came también significa caballo en jerga urbana. Hay una canción de, atención, Carla Bruni, escrita por ella, supongo, en e-lyrics no lo especifica, aunque el sofisticado juego de rimas no deja lugar a dudas. Raymond Roussel y todos los surrealistas hubieran estado orgullosos de ella. Ni pizca de ironía en mis palabras. Dice Carla: *Tu es ma came*. Eres mi droga / *Tu es mon genre de délice, de programme*. Tú eres mi clase de delicia, planazo / *Tu es ma came. Je t'attends comme on attend la manne*. Eres mi droga. Yo te espero como espero al maná / *Tu es ma came*. Eres mi droga / *Plus mortelle que l'héroïne afghane*. Más mortal que la heroína afgana / *Plus dangereux que la blanche colombienne*. Más peligrosa que la blanca colombiana. / *Tu es ma solution à mon doux problème*. Eres un gran deleite, mi mejor plan. Ajá. Bajo esta infinita sabiduría de pasarela parisina (vuelvo a prescindir de la heroína, digo de la ironía), me apropio del tema y lo convierto en himno de la vieja aldea gala de Came, donde también, siguiendo el método Roussel/Carla Bruni, también hay camas y *web cams* y muchos *phrasal verbs* del verbo *to come*, que, por cierto, en una de sus acepciones significa correrse. *Come together, right now, over me*. Desconozco si Yoko practicaba el *squirting*. Digresión. Stop. Lo dicho, la escritura como una pierna que te lleva al camino que te lleva a la casa que te engancha como el caballo que no te deja dormir, que te aísla y te expone al mundo como una grabación de una cámara oculta o una foto robada mientras duermes. *Tu es ma Came*. Escribir, como una droga pero también como un esfuerzo. Fomentar las horas. Y las lecturas. Cultivar las mañanas y los minutos. Y las historias. Dolerse del cuello y de la muñeca derecha. Vivirlo todo como en otro tiempo, como en otro espacio. Llegar.

Emitiendo desde la aldea, dentro de la bola de cristal con nieve dentro. Desde la bola, donde tienes acceso a toda la Red. Donde ya es imposible hacer un encierro creativo. Donde vives más al otro lado («en la nube», como diríamos en jerga *zeitgeist*), dentro del videojuego. No puedes pretender dejar fuera media vida. Quizá no se trate de mitades excluyentes. Faltan más caminos, falta un tobillo torcido, pantorrillas ortigadas, un ipod en el bolsillo, atronados los campos con tus oídos tapados, desde dentro de tu burbuja. ¿Y qué? ¿Quién dijo que lo bucólico era privativo de todo el desastre sin forma que se sucede a cada minuto? No puedes jugar ya tu vida sin las partes en pantalla. No puedes jugar a la buena salvaje, al bucolismo decimonónico. Pero sí puedes leer, y evitar las fugas, las horas muertas clicando sin más en el videojuego. Necesitas del *librodrome* pero también de tu vida física y paralela, que ya no es paralela sino tangencial. Y necesitas que la literatura no sea lo que pasa en un páramo, desde el encierro. Desde hoy, no creo más en los encierros literarios o creativos. A solas. Esta no es la vida. Los mails, los perfiles y las páginas también son lugares. Y son físicos. Y son públicos. Y son espacios de relación. Mi vida es más un ruido condensado en la ciudad. Creía que el mérito era dedicarse sólo a escribir. He aprendido que no, que mi mérito será escribir además de y con todo lo que sucede, lo que llegue, lo que se revele, lo que me haga volver de la anestesia. Además, y a pesar de todo eso, escribir «entre medias» de la vida. Ahora estoy preparada para vivir fuera de la bola. Llevo mi libro como un salvoconducto. Si me paran en cualquier frontera, este libro responderá todas las preguntas. No por su contenido, no por su calidad, sino por la experiencia de haberlo salvado, haberlo reanimado, haberlo cuidado y haberlo defendido como tiempo y lugar de aprendizaje. Hasta aquí.

Came, Gers, Mayo de 2011.

Estos textos fueron escritos entre la primavera de 2004 y el verano de 2008 en distintos domicilios del distrito del Casco Antiguo, Sevilla.

El relato *Arquetipo de una plaga* fue escrito en Came (Gers) en marzo de 2011.

...

Esta reedición de *EL SUR: Instrucciones de uso*, compuesta con la tipo Cambria, se terminó de imprimir en septiembre del 2011 en Barcelona en la imprenta Puresa y con producción gráfica a cargo de La Trama.

La reedición de este libro y el proyecto Bucólicas hubiera sido imposible sin el apoyo de Silvia Escudero, Valentín Nanclares, Nuria G. Atienza, Marta Reina, Joana Brabo, Dani Matas, Belén Barroso, Anne Boyer, Kevin Candelon, la petite Charlotte, Claudio Molina, Kike Lafuente, Fernanda Llobet Lola, G. Espigares, Miguel Brieva, Marta G. Franco, Blas Garzón y Elena Medel ¡Va por ellos!



BAJO LICENCIA CREATIVE COMMONS

Reconocimiento-CompartirIgual 3.0 España (CC BY-SA 3.0)

© 2011, del texto, Silvia Nanclares

© 2011, de la edición, Bucólicas/ Ecobuk

© 2011, de las imágenes, Enrique Lafuente

© 2011, del prólogo, Carolina León



Reconocimiento-CompartirIgual 3.0 España (CC BY-SA 3.0)

Permite el uso comercial de la obra y de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original.

Descarga este libro libre en: <http://bucolicas.cc>

Puedes trocear, remezclar, recrear y lucrarte con ello siempre que cites la fuente y compartas con la misma licencia.

http://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/deed.es_ES